

CAJA NEGRA

Rodena Skordinova
Borisova

¿Hablamos?

¿De qué podríamos hablar? Cada vez mas a menudo me pregunto para qué hablamos en realidad – ¿nos aclaramos algún asunto, a menudo creyendo ser este importante?, mentira, objetando no se llega a ningún lado, excepto al propio remo de la barca, cual es con el que comenzamos la ruta vía abajo del río imprevisible. Bien, dirán Ustedes, hablemos en silencio, ¿pero quedan hoy quienes venzan su timidez como para esforzar el límite de su lenguaje e intentarlo? Quizá piensen por qué hay que preocuparse siquiera de qué hablar, constantemente comentamos de asuntos insospechables, pero son igual de idénticos, con el primer “discurso” que expusimos en la guardería (sí, en aquel entonces hablábamos de cosillas importantes)... sí, quizá piensen... - como yo suelo ser de los que se callan y escuchan, son los detalles que intrigan mi mente, ya demasiado vaga como para disponerme a defender una opinión o exponer un punto de vista, cuando aunque lo hiciera aquello ha perdido ya hasta el poco sentido que solía convencerme. Hablamos de lo mismo, pero con voz diferente, las mismas historias, pero ocurridas en tiempos extrañados, y me pregunto ¿cómo es que seguimos siendo tan imaginativos como para hallarle la gracia? – el ser humano y más aun sus circunstancias, siempre me acaba guardando una sorpresa pícara en el cajón de difícil apertura. Cajones y cajas, pañuelos que envuelven y bolsillos pequeños de los vaqueros - las historias bonitas, nuestras, de estampada panorámica de la “ciudad”, en marcos de foto de carné, siempre han sido escogidas con cuidado de entre los recuerdos, guardadas de ser contadas a cualquiera, intencionadamente pocas veces releídas, ocultadas a posta en esos rinconcillos que a veces, solo a veces, las recogen un papel plegado en el cajón de la mesa, una servilleta con notitas metida en el bolsillo, castañas envueltas en seda. Sí, podríamos hablar de las mesas, de las cajas y los cajones, de los pañuelos de seda, de los bolsillos... pero cómo diablos nos entenderíamos entonces. Podríamos intentarlo, cada uno dibujaría aquello de lo que habla, y el de enfrente lo miraría... pero cómo diablos nos entenderíamos entonces. Quizá consista precisamente en no ver, en no comprender nada. Cuanto mas escucho a la gente que habla, mas me convencen de que poco ven, y aunque recuerde a algunos - los que dicen, me censuro en ser selectiva respecto el color de las cabezas en este mundo – color que según algunos amigos míos varía desde un verde a un vino tinto, no nos confundamos, no se habla aquí de pigmentación. Cabezas muchas y variadas, nos gusten o no (parece mentira que aparecen por una serie de circunstancias aceptables, y se desaparecen por otras poco razonables), son de colores variados, algunos difícilmente definibles, no por ello de mas importancia, y por eso último los que poco ven acabo yo creyendo que son los que le dan al blanco, por ser mas inteligentes como para acercarse a la diana y conocer la superficie de la misma – tocando con la mano, como los ciegos, no tiran con flechas peligrando en darle a algún desgraciado en el corazón, en ocasiones hasta para matar. Dirán Ustedes, son los que poco ven, los expertos en lo superficial... pero no son quizá menos parecidos y aquellos que tiran con una flecha sabiendo de una superficie que han de perforar, aunque fuera de importancia secundaria respecto el número 10 en la diana. Hablar de competencias en tiro (con o sin arco) a la vez que de dibujos, cajas, cajones, pañuelos y bolsillos quizá no sea lo mas apropiado, entonces ¿de qué podríamos hablar? Hablamos porque pronunciamos aquello que pensamos, pocas veces porque decimos aquello que pensamos (y espero así sea siempre), en esta última estancia ocurre que una vez dicho, el sentido se convierte (retrocediendo) en pronunciación, y no hay mas de qué hablar,

entonces ¿cómo hablamos, mientras nos preguntamos de qué hablamos? Cierto, ya lo hemos dicho, en silencio, y a veces, solo a veces, ocurre que tuvimos una castaña a mano, que nos hizo pensar...

Nuestro Señor el Pato

A un hombrecito, mientras trataba de atarse los cordones del zapato izquierdo, se le ocurrió que antes de comer, su pueblo hubiese de escribir una libreta justificativa. Convocó la correspondiente reunión en la plaza principal y anuncio su gran idea por un megáfono de colores. Habló tanto tiempo, que los presentes oyentes comenzaron a olvidarse de aquello cual pensaban antes de sentarse en las butacas de la plaza. Nadie les obligaba estar y permanecer allí, pero la fama del pueblo fue de muy educados, y respetaron escuchar a su villano hasta el final de su discurso que duro cuanto se tarda en llegar al pueblo de al lado a paso de paseo. Aun a la noche cada hombrecito empezó a escribir su libreta justificativa, tardaban horas en completar la explicación del día de hoy. A algunos de los hombrecitos empezó a olvidárseles que iban a cenar después del acto importante, de escribir. No comían. A la semana todos habían adelgazado pero cada uno de ellos era muy sabio. Tenían su propia biblioteca de escritos originales. El hombrecito se hizo famoso y tuvo sus seguidores. Todos con mucha educación trataban de no desmentir lo que su maestro les enseñaba.

Había un pueblecito de hombrecitos esqueléticos, muy sabios. No lejos de este había un pueblecito de hombrecitos obesos. No mucho más allá un pueblecito donde todo ser iba con bastón. Muchos había de los pueblecitos. Ninguno de los habitantes de estos sabía de la existencia de los otros porque a un pato se le había ocurrido un día hablar, los hombrecitos le admiraron por su milagro. El pato dijo algo como “cuapaser papa te”, los hombrecitos comprendieron que cada uno se fuera por su camino a buscar su suerte y fundar su propia comunidad, y no volvieron jamás ni avanzaron una vez hallada la tierra prometida.

¿Cara o cruz?

El loco vivía en el país de los locos, que a su vez estaba en el mundo de los locos. El loco fue científico, e inventó una cura, para volverse cuerdo. Un día decidió probarla consigo mismo... el efecto inmediato fue que comenzó a crecer. De pronto se volvió mas grande que su ciudad, y luego que su país, y luego que el planeta, que su sistema solar, que la galáctica, que el mundo... hasta que apareció en una llanura. Tras menos de instante, la llanura resulto ser el suelo de una sala, en un edificio no menos diferente que hace rato había abandonado el loco. La sala estaba repleta de gente, y nadie pareció connotar su repentina aparición. Todos estaban atentos a lo que iba a decir uno, en medio de la sala... y se escuchó de sus labios – “Estimados señores cuerdos, he aquí la cura, todos a la vez...!”, y según acabo de pronunciarlo, todo hombre desapareció, y el loco, se había quedado solo.

De un paralelepípedo, hueco, pero no vacío

Imaginemos simplemente pensar... en una casa. ¿Dejar la casa con ventanas de más, para que entre algo de aire, o sin ventanas, para que sea una casa sencilla? Entonces de ser la segunda posibilidad (lo último suele ser mas convincente), quizá hablaríamos de una caja, y pensaríamos qué es lo que encierra esa caja. Hay cajas de gran capacidad de “absorción” – es decir, al ponerlas en una mesa, y sacando todo trasto que contienen, conseguiríamos nada menos que un montón, de cosas (a menudo sin nada en común), pero y ¿qué es lo que queda en la caja? Si echáramos una ojeada al montón (no por ello menos detallista) pensaríamos en todo trasto cuanto la caja, perdón la casa, no contiene... pero quizá, imaginando un objeto mas, uno que permanece en el interior, que nos gustaría haber sacado, o deberíamos – pero cómo, si ya no quedan ventanas (por cierto, se me olvidaba mencionar, que al arquitecto, seguramente distraído, se le saltó poner una puerta, en la pared). Sí, la carencia de ventanas quizá sea un inconveniente al fin y al cabo. Podríamos perforar agujeros, a modo de respiraderos ¿y de inspiraderos? – no queremos crear una mala ventilación ¿verdad? Me imagino que la “cosa” que queda dentro, no sabrá “salirse” por un inspiradero... o quizá un poco, quizá deba.

¿Qué es lo que encierra?

Dibujé una casa con muchas ventanas, para que vea, o me vea lo que halla dentro. Luego borré las ventanas, me gustaba más una casa sencilla. Quise conocer lo que me había dejado en el interior y borré las líneas que quedaban en el papel. Una hoja en blanco, casi, mi goma es de las baratas, pero no dibuja mal.

En fin, no me hagan Ustedes caso, cualquiera sabe que las gomas no dibujan, ni tampoco las cajas cerradas son algo más que cajas cerradas, y ya no hay arquitectos que se olviden de dibujar una puerta, en los planos de las casas, habitables.

Caja a Medida

Uno, escoge caja a medida, la cierra bien, para que permanezca cerrada, la entierra bien, para que dure lo suficientemente, escondida, procura recordar donde la deja, porque desconoce el lugar preciso donde se encontraba, y hecho todo, todo eso... se va.

Luego, sigue, por allí...

Habitualmente no da tiempo a hacerlo todo, por lo que se prescinde de lo mejor, enterrándolo como un tesoro al que volver a buscar. No se si a veces se desea tener un gran tesoro, o uno pequeñito, cuanto más tiempo falta, el tesoro viene a ser grande. Aunque, existe el peligro, que con el paso del tiempo, nos acabamos olvidando de que hayamos enterrado un tesoro. Entonces, no sé si es mejor que sea éste más grande, para lograr verlo de lejos, y no perderlo de vista, o pequeño, cayendo en el remordimiento de tener que llenarlo más, para atreverse un día a volver a desterrarlo. Aunque, debí preguntarme entorno los tesoros también, cuando era mucho mas pequeña, cuando era realmente pequeña, bajita de altura, o del horizonte de la mirada. Como a los niños supongo, las casas, el mundo, los objetos, les son enormes, no les hacen caso, y se ocupan de las cosas pequeñas, como piedras, ramitas, hojas, fruta seca, las montañas

pequeñas, o las grandes, pero, no se dedican a coleccionarlas, supongo no les da tiempo a ello, lo cual, me hace sospechar que los entierros, de tesoros, cambian de lugar. Quizá al cambiar también uno, de tamaño, se dedica a recordar a dónde ha ido a parar su caja, guiándose por las cosas pequeñas. A menudo las cosillas pequeñas, recuerdan a mapas. Aunque los marcapasos también recuerdan a rituales, por lo que mucho tiempo, en una colección cualquiera, viene a ser un horario. Pero de ser que logremos bautizar al ritual, bajo el nombre de rutina, es cuando se da el cambio de horario. Cambiar de cumpleaños por ejemplo. Podríamos, el cumpleaños del año presente, adelantarlo con quince años, o, retrasarlo con quince años, si queremos. Por lo que, si al pensar en nuestro pasado aceleramos el tiempo, como si fuera ayer, y pensar en nuestro futuro lo bloqueamos: al celebrar un adelanto de cumpleaños, giraríamos la aguja del bloqueo, al celebrar un retroceso de cumpleaños, detenemos la aguja acelerada. Qué mas aburrido que cumplir con el cumpleaños que te toca, más en el número sucesivo, y el momento supuesto, que, por otro lado no habría que olvidar, ya que perderíamos la noción del tiempo, y, los relojes sin agujas son bien inútiles, o feos, por mas que asemejen una obra artística. Aunque de pensar, en los relojes normales, de dos agujas corrientes, con aguja del bloqueo, o gorda, y aguja acelerada, o larga, seguramente preferiríamos los de sin agujas, por la disfunción que presentan al ponerlos en marcha.

Huellas

Cada uno tenemos un planeta diminuto cual habitamos, pocas veces nos salimos de él, a menudo miramos hacia el cosmos, pero ninguno sabemos volar. En el principio dejamos pasos recién hechos, y andamos casi a espaldas, contemplando las marcas que dejamos, nos impresionan sus contornos, y a ciegas nos creamos un camino que nos asombra. Resulta que como nuestro planeta es tan pequeñito, y a medida que pasa el tiempo dejamos pasos cada vez mas grandes, por un lado borramos los pequeños asombros, por otro comenzamos a pisar las mismas huellas. Entonces nos damos la vuelta, ya que no hay nada que nos interese en el suelo, y miramos hacia delante erguidos, pero resulta que todo nuestra planeta es igual ya, todo pisado, no se sabe por donde se comenzó, ni donde se acaba, no hay detalles. Entonces algunos siguen caminando, comenzando a mirar hacia el cosmos, y ver otros planetas, pero desde tan lejos, que no hay en esas detalles a simple vista, ven a lo grande, en conjuntos abstractos. Otros se sientan y observan, recuerdan los pasos que dejaron, y los vuelven a buscar o reencontrar a simple vista, pero esos no les asombran, sino en la melancolía les hacen recordar otros días. Pasado un tiempo, estando sentados, ocurre que su planeta se ha vuelto a cubrir de polvo cósmico, de los planetas que pasan al lado. Algunos deciden volver a caminar, y miran hacia atrás, yendo en nuevos zig zags, asombrosos, otros se quedan sentados, mirando el polvo y los planetas, tratando de identificarlos, ya no les interesan las huellas propias, ya que quedan en un recuerdo, siempre, sino observan otros planetas y sus caminantes, y aprenden de ellos. Sin embargo el cosmos esta lleno de muchos planetas, millones, billares, todos pisados, en todos se camina, en todos nos paramos, en todos se mira, lo que hace creer a simple vista, que siempre es lo mismo, que ninguno es diferente de si mismo, ni de los restantes, entonces aquel que mira las huellas, cree que el que mira el cosmos no hace nada, y el que espera, cree que el que camina es tan inútil, porque ninguno vuela, tan solo los planetas pisados flotan suspendidos, y si ama

uno se da cuenta que se mueve, su planeta, y los restantes. Los hay pues que saltan, de vez en cuando, también los que caen, en sus intentos fallidos, de volar, de ir mas allá de sí mismos.

Filosófico

La filosofía tiene dos temas preferidos, el amor y el arte, y en ambos casos es suficientemente tosca, como solo soplándoles en los ojos cerrados a aquellos dos desgraciados, esos sueñen con monstruosidades. Sin embargo necesitan del viento, para sentirse en las profundidades marinas, que son su esencia de vida, pero no por ello abren los ojos para que huyan sus sueños, que son su único cometido en tierra. Que no son sueños de hombre, sino verdades sensibles, necesitando de una imagen, prescindiendo a menudo del habla, pues esta hace que el olor del viento, no sea olor, sino vacío, y mas vacía aun la que sopla, la filosofía, la madre sin hijos propios, pero si madre del universo. Sucede que de mostrar ella, sus tormentos infinitos en un ejemplo, el soplo vuelve a los mortales, hasta pudiendo el arte y el amor, aspirarlo con los pulmones. Dejando los sueños que posen, y cobren forma en una poesía, quizá, y que respiren el aire del mundo, sin soplos de fiera, quedando en blanco, sin respuesta, y la pregunta que pose en mente, respondiéndose con tan solo la mirada, de los tres juntos sin hablar, y se entiendan, por primera vez, y se vean la única vez eterna.

¿Cómo construir un castillo de arena?

Has de manejar arena seca, preferentemente en una playa, porque un castillo dentro de una casa, aunque fuera pequeñito, ya no es un castillo, sino un juguete mal hecho. Coges y acumulas arena en un sitio escogido con cuidado, estimando la altura de tu futuro castillo, es de predecir que de arena seca los castillos son bajitos, igual se les confunde con el mismo suelo, pero por ello mismo son mas permanentes. Ya tienes una montañita de arena. Coges en cuatro lados de ella, en el suelo, y empiezas a hacer agujeros, poco a poco, en los cuatro picos de un cuadrado (siempre imaginario) fuera del montoncito de arena, hurtas la arena hacia dentro, te darás cuenta que el montoncito de tu castillo se empieza a caer, pero siempre en lados planos, pues nuestro castillo tendrá cuatro lados perfectamente alisados, acorde a la gravedad terrestre, pudiendo apoyarse uno el dedo meñique en cualquiera de sus cuatro lados, no sin antes derrumbarlo (no olvidemos que la arena no esta humedecida). Al acabar de construir sus cuatro lados, veremos que nuestro castillo tiene una cima, tan perfecta como la habilidad con la que hemos ido haciendo las paredes, pues el pico siempre se construye desde los cimientos primero. Pero ahora sucede que tenemos cuatro hoyos a cada lado de las paredes, nadie querrá acercarse a un castillo fortaleza, por lo que cubrimos las cavidades y aplanamos el terreno. He ya esta nuestro castillo de arena, pero es de arena no humedecida, y observaremos por fin, de haber seguido correctamente mis instrucciones, que no hemos construido sino una pirámide. En nuestro castillo de arena hayamos nuestra tumba, y en nuestra tumba la invención de nuestra fortaleza, que si nos quedamos un poco mas en la playa, veremos cómo la cima del castillo pirámide va desapareciendo poco a poco, y cómo el viento se acaba llevando nuestra ilusión, pero que siempre podríamos volver al mismo lugar preciso, e intentar construir otro castillo, otro castillo de arena, pero vidas no hay mas que una.

Transparente

Los Enanitos existían en una esfera de cristal transparente. Estaban los Enanitos Pensativos, que sentados entorno un cuadrado dibujado en el suelo, trataban de construir un cubo. Estaban los Enanitos Felices, que algunos habían construido otros construían cubos, y de pie desde sus cimas (la mayoría de ellos) se alegraban de mirar el horizonte. Estaban los Enanitos Locos-Felices, que exponían un discurso entorno la construcción de los cubos. Estaban los Enanitos Locos-Pensativos, que se dedicaban a desmontar un cubo ya hecho. A la esfera transparente se le acercó otra esfera idéntica, también llena los Enanitos, pero aquellos otros se dedicaban a las pirámides. Chocaron las dos esferas y se rompió el cristal. Cayeron los Enanitos y se miraron los unos a los otros.

Hubo un lugar donde existían los Enanitos, idénticos todos ellos, que se miran aun hoy día con os ojos asombrados.

El huevo

Hubo un huevo, transparente, y dentro del huevo un pájaro, que había nacido de un huevo más pequeño, que hubo dentro del transparente. En el principio fue un pájaro muy pequeñito, y volaba de borde a borde dentro del Gran huevo. Con el tiempo creció, y tanto, que ya no podía volar, entonces se dijo – “Si no puedo volar, es porque los pájaros grandes ya no vuelan”. Un día se dio cuenta de que había crecido tanto, que ya no podía moverse, se dijo – “Me he hecho viejo, voy a morir”, y mientras reflexionaba entorno el fin de sus días, miró hacia el “fin” de su huevo, y se vio encerrado, pensó – “Si no tuviera recuerdos...”, entonces hizo un esfuerzo, y se olvidó de todo.

Hubo un huevo, de aire, y dentro del huevo un pájaro, que había nacido de un huevo más pequeño, que hubo dentro del de aire. En el principio fue un pájaro muy pequeñito, y volaba de borde a borde...

Viejo en oficinas

El joven - ¿Cómo está señor Figger?

El anciano - Como todos los días hijo. Siempre igual. El sol sube, luego baja. La vida es así.

J. - ¿Se acuerda usted de aquel niño, con el que estuve el otro día?

A. - Sí, un buen chico. Con afán de curiosear por los rincones.

J. - ¿Usted me ve como a él, verdad? Un chico más.

A. - Por supuesto, para mí ya la mayoría de los hombres son chicos. Tantas lunas he dormido.

J. - ¿A usted le incomoda que yo le pida su opinión acerca de mis preocupaciones?

- A. - En absoluto. Siempre te ayudaría con cuanto sé.
- J. - Valla asunto entonces, lo tengo mal. Aquel niño, el curioso, me pidió la opinión, que le diga yo de si estaba bien un dibujo que hizo.
- A. - ¿Cómo era el dibujo?
- J. - Era, bueno, era feo. No sé cómo son los dibujos bonitos, pero aquel no me gustó. No lo sé señor Figger, por qué los niños son tan testarudos, quieren que te guste cuanto hacen. No les basta que te interese el por qué lo hicieron, o que tenga una intención. Te tienen que convencer.
- A. - Muchos mayores son de igual manera...instructivos. Tratan de hacerte creer cuanto pronuncian, peor, se lo creen ellos mismos. ¿Acaso no se acaba convirtiendo la aparente conversación en discusión? Los tiempos cambian. La gente habla y espera respuesta del otro. No se si esperan que esté de acuerdo - ¿qué mala conversación, verdad? O que esté en contra - ¡una discusión bien camuflada! Nadie se pregunta a sí mismo. Son pocos con los que se pueda hablar como si se estuviese a solas.
- J. - Yo creo que no hay que querer a los niños, sino, siempre ha de gustarle a uno lo que hacen, por obligación. Yo me siento destrozado cuando me piden que les oriente, como si fuese yo un ser supremo. ¿Es que entiendo de dibujos como para decirle al chico si está bien el suyo?
- A. - ¡Si te hubiese preguntado el chaval por la casita que había dibujado!
- J. - Pues sí, yo tenía casita parecida, de juguete, cuando era niño. Pero a aquel niño no le interesaba mi casita. Quería saber de su dibujo, y yo no sé de dibujos. Sé que es un chico muy majo, que dibuja bien. Haberme dibujado cualquier cosa, metérmela en un sobre, cerrado, y regalármela.
- A. - Sí, los regalos no deberían enseñarse. Sino se convierten en ferias de degustación de vino - “¿Te gusta mi regalo?, ¿No te gusta mi regalo?” Si estuviese en una caja sin abrir no molestaría, al menos de haber resultado feo. Sería sencillamente un regalo. Quizá no esté lejos el tiempo cuando expongan los regalos en galerías, o la gente se monte sus propias exposiciones de regalos en casa, en pasillos aparte.
- J. - Se olvida que las cajas hoy no son cajas, sino propaganda del fabricante.
- A. - Bueno, siempre cabe la posibilidad de recurrir a los cajones de las mesas, para guardar regalos. A fin de cuentas los obsequios pequeños, son los que acabamos llevando con nosotros al mudarnos. Me acuerdo de un gran jarrón que acabó por romperse cuando me fui a Austria. Hace unos años también tuve que mandar a restaurar y una mesa - muy antigua según me dijo el amigo que me la regaló.
- J. - ¿Es que tienen que gustar o no los regalos? ¿Me tienen que gustar o no los dibujos de aquel niño, para que sea amigo suyo? A mí me gusta su casita, que trató de dibujar.
- A. - Una tía que tuve decía: “No hay amigos eternos, sino intereses eternos.”
- J. - ¿Y eso qué significa?
- A. - No lo sé la verdad, esperaba tú lo sabrías. Yo llevo la vida interrogándome acerca de ello. ¿No crees que los animales, en caso de que padezcan la enfermedad de la amistad, son los únicos que no acabarían mordiéndose las orejas?
- J. - No lo creo. ¿Y si son machos?
- A. - ¿Y si son hembras? Supongo que cuanto más viejo se hace uno, menos se cree las cosas.
- J. - Sí, quizá las casitas dibujadas no cambian mucho. Cambian los dibujos mal hechos. Pero si hasta los niños se olvidan de las casitas, qué queda para los un poco más carentes de memoria. El chaval me contaba de un juego que había aprendido, de las reglas del juego, las metas, estaba reluciente de alegría y entusiasmo al contármelo. Yo, es que ya no soy capaz. Me siento culpable de no saber escucharle. Me

sobrecoge un escalofrío de abatimiento, por a lo que jugaba yo de niño, y melancolía de no ser capaz a jugar más. No me siento su amigo. Él es amigo mío, pero yo no entiendo sus intereses en los juegos. Me trae tristeza no saber jugar, pero me quedo con él dibujando para mirarle cómo se divierte, dibujando.

- A. - Sí, es la tristeza. Cuando uno ya es anciano, aquello semeja la posguerra. Ya no se es capaz de sentir nada mas, se les contempla a los hombres, la mayoría de los que para mí son como hijos ya. No queda más que recordar. ¿Acaso no te sobrecoge mirar a las ardillas saltar de ramita en ramita, ajenas a nosotros, ni las interesamos, están en sus asuntos? Hasta salir por supuesto en la carretera, y las aplastamos con los coches si tenemos un poco de suerte.
- J. - ¿Tienen las personas como usted amigos?
- A. - Por lo que deduzco tú tampoco eres capaz ya de divertirse dibujando. Ya sabes, uno trata de hacer mejores dibujos. El derecho de la diversión esta reservado a los niños.
- J. - Pero cuando le veo en el atardecer, sentado en su banco del pequeño jardín frente su casa, usted no está dibujando.
- A. - Me habrás visto cuando estoy esperando al señor Raskin. Yo dibujo más tarde, cuando haya cenado mis bizcotes mojados en whisky.
- J. - Ojalá pudiese dibujar yo tras la cena. Ojalá me pasease por la oficina como usted con su bastón hasta la panadería. Además yo no le he visto hablar con aquel otro señor mayor.
- A.- A aquellas personas con las que hablar, que te mencioné antes, se suele encontrar ya bastante mayor, quizá a veces demasiado tarde. Yo no tengo necesidad de decir todo cuanto piense. Tampoco creo que mi amigo el señor Raskin no esté al corriente de mis reflexiones. Si fuéramos capaces a ponernos a jugar a la pelota con él, seguramente no nos hallarás en situación extraña.
- J. - ¿Y de qué habláis pues?
- A.- Yo a veces le cuento de lo que he dibujado. Le cuento de la cera por la que camino hasta llegar a la panadería. Sigue si quieres algún día la disposición de las piedras que la componen, a la cera. Son bastante curiosas. A mí me gusta dibujar los caminos de los peatones.
- J. - ¿Y qué le cuenta él?
- A.- Yo, cuando le conocí, él ya se había jubilado y no trabajaba en las oficinas del ministerio. Así que a veces me cuenta de alguna insensatez graciosa que haya oído en el bar, o me sugiere que conozca otro árbol, farola, o edificio, que le haya llamado la atención últimamente por la ciudad.
- J.- Me pregunto cómo le resultaría a usted, que le reincorporaran hoy a la oficina. Un trabajo de posjubilación. Una posguerra en las entrañas de la guerra.
- A.- Hablas de cosas incomprensibles, suena monstruoso.
- J.- ¿Tendrá usted nervios como para volver a someterse a ello?
- A.- Yo no me conmuevo por nada. Haré simplemente mi trabajo lo mejor que pueda, para escaparme a dibujar tras mi cena, lo mejor que pueda.
- J.- ¿No tendrá sueño tras la cena, no estará demasiado cansado como para dibujar?
- A.- No lo sé. Me haces pensar en imaginaciones. Para eso estáis los jóvenes, para no cansaros.
- J.- ¡Si aprendiera a no conmoverme como usted!
- A.- Si lo hicieras no me hablarías de oficinas, de nervios y esos asuntos superficiales y de supervivencia que os absorben las mentes hoy. Los chicos hoy como que llevan una señorita incrustada en el cerebro. De a lo que nos llevó la supresión de la mili. La mentalidad racional (masculina) se redondea en sensibilidad (femenina).

- J.- ¿Pero qué culpa tienen los jóvenes de la reorganización militar? Tampoco se crea que no se nos pisa lo suficiente en la vida por nuestras opiniones, a algunos. Sino no me preocuparían las oficinas y los asuntos del sistema nervioso.
- A.- Eso no niega que no razonáis como la misma reencarnación de la feminidad. Si el hombre quiere servirse de la palabra, o lo mismo dicho de su pensamiento, no debería hacerse el estúpido, prescindiendo de los verbos.
- J.- Hoy el pensamiento no es de palabras únicamente. No me extraña que lo ignore, ya que no sale usted por la metrópoli.
- A.- Yo salgo en ocasiones, pero a un anciano no le llaman la atención ni los colores, ni los sonidos que emiten “las cosas” por la calle, ni los anuncios, los diseños y todo lo que os encanta en esos días. Uno se vuelve lo bastante tétrico y seco de mayor, para lograr ver la molestia que son los adornos innecesarios. Me limito al uso de los objetos, su utilidad, y como puedes darte cuenta tampoco cuento con buen oído o vista para que me entretenga involuntariamente en los cantos de sirenas metropolitanas.
- J.- ¿Cree que prescindimos de los verbos realmente? Ahora comprendo porque son tan poéticas mis conversaciones con aquel chaval.
- A.- El lujo de omitir los verbos, esta al alcance tan sólo de los animales. El lujo de comprender las metáforas, viviéndolas, no transformarlas en adorno de poesías sureñas. Los poemas uno los lee en su casa, y se guarda las alegrías refinadas, o de su sensibilidad femenina, para el hogar. Os portáis diría como artistas todos vosotros.
- J.- ¡Como si no supiese usted que el mundo se está superpoblado cada vez de más locos! Es lo que llaman civilización.
- A.- Pero los hay locos que miran la naturaleza, piensan, oyen, sin exagerar en recrearlo en su dibujo, para enseñárselo al vecino, que les de su aprobación al respecto. Convertís el dibujar en trabajo. Ciertamente que no es diversión, pero yo no he conocido quienes estén felices trabajando. La felicidad es volver a tu casa tras la larga jornada y encontrarse con tu mujer, tu hogar.
- J.- Hoy pocos se casan.
- A.- O encontrarte con tu casita para dibujarla, para alegrarte el día, como prefieras pues.
- J.- Sugiere una vida muy nocturna. ¿No cree?
- A.- ¿Ves como por no haber estado nunca de pie la noche entera, con tu escopeta pesada y tu uniforme de invierno, guardando una choza en mitad de la nada que a nadie le importa, no aprecias la salvación que lo nocturno puede sembrar en tu imaginación. Cómo se aprende a convertir lo espeso de la oscuridad en cojín invisible, para poder descansar y medio dormir de pie, sin que el coronel se de cuenta.
- J.- Me parecen alegaciones un poco siniestras, diabólicas en cierto modo.
- A.- Cuanto más se vive, menos se cree en dios. Yo ya no creo en dios. Confío en un diablo frío y otro del ardor. El frío es quien la Iglesia llamaría creador de este mundo ¿y de cuál sino, acaso he conocido otro diferente? Siempre a los países nórdicos o a la gente del norte los he encontrado más coherentes y razonables que los de las zonas más cálidas. Aquel diablo del ardor que derrite los cerebros. ¿No has caminado al medio día, en verano, por la plaza? Para faltar menos, las tiendas preparan su emboscada y no hay donde meterse a beber agua. Para la gente como yo, aquello es el Sahara, cada vez morimos más de esa triste manera.
- J.- Deducciones acerca del demonio bien curiosas. Tan cómicas como los partidos políticos diría, rojos, azules, ¿verdes? Pero yo por mi, también he conocido gente del sur bastante interesantes. No se si aquel niño no es del sur de Italia.

- A.- Ya sabes que hasta y los partidos políticos no son claros del todo. Se fusionan, disuelven, surgen partidos hijas, civilización como dijiste.
- J.- Aventureros más bien. Nunca vino mal viajar y conocer lugares nuevos.
- A.- Sí, en todas partes del pequeño del mundo te encontrarías con mucha suerte a quien yo denomino homo-erectos. Fíjate, al caminar fuera de sus casas, aquellos son de postura erecta, y se sientan tan sólo en sus hogares. Encorvan la espalda al estar en ambiente femenino, no de mujer, sino de delicadeza y cariño mejor dicho. O cuando leen, cuando se sientan en mesas... Basta observar los gatos - si andan sus columnas vertebrales apenas modifican su línea recta y continua. Cuando se sientan suelen estar tranquilos y adoptan curvatura bien elegante por la espalda. Yo no he visto sentarse un gato amenazado. En todo caso no somos tan ajenos a los animales.
- J.- Un curso imprevisto y animal ha tomado la conversación. Pero yo sigo insistiendo en que no comprendo cómo se puede estar en oficinas sin irritarse por la civilización de mentes vaciadas, o lo que usted dijo, tratar de no conmoverse - para evitar las evidentes conclusiones de trastorno nervioso.
- A.- No se responderte hijo. Al igual que el asunto de los intereses y los amigos, éste es de los que no comprendo del todo. No te mentiré si te digo que no los entiendo para nada. Debí haber escogido escuchar o no a mi tía, o creerme o no cuanto me dijo. Puedes elegir tú también. ¿Qué más queda? ¡Escoge! - ser serio y ver ridículos quienes ríen, o reír y ver ridículos a los serios. O escoge cuándo. O tal vez saber de las mayores monstruosidades para poder reírse un día, o reír una vez con sinceridad para sufrir de veras las tragedias. O escoge cuándo. O igualmente si has de hablar en voz homogénea para alegrarte con los detalles, o hablar con voces emocionadas disfrutando las alegrías y quejándose a gusto por las penas. O escoge de qué manera has de hablar. Yo conozco gente que piensa rápido y habla lento. Otros piensan lento y hablan rápido. A veces varían, o cambian de elección.
- J.- Estoy dudando. No sé qué es lo correcto.
- A.- Supongo cualquier opción, siempre y cuando elijas, o invéntate otras.
- J.- Sigo dudando.
- A.- Es cuestión de no traicionar a tu honor, como se decía en una película western.
- J.- ¿Con que la casita del dibujo de aquel niño es la misma?
- A.- Sin duda alguna. Yo no tengo a tu casita de la infancia. Es tuya. ¿Pero tú sabes de si a la cera que lleva hasta la panadería, no le cambiaron unas piedras no hace mucho? Me parece las que están por donde el comienzo, donde mi casa, no están tan desgastadas como el resto. Estoy dudando de si no las recuerdo yo mal. A ver si guardo algún dibujo de hará unos años que me aclare. ¿Tú no te habrás fijado?

Advierto

Pensaré en el mar, el de la infancia, no deseo verlo más, no me fijaré en las olas cuando playa pise. Reviviré el recuerdo, fundiré el cielo con el agua, y el mar aparecerá, la nada... No quiero ver al mar. Intento recordarlo solo... solamente, salado, salpica, sombra, sí, será sobrio, salado, salado, sopla solo...

El dibujo - prados naranjados, voz de ciervo, lágrimas de luna, lo que aun no recuerdo. Rastros - el lápiz derrama sus cenizas encima los cadáveres acumulados en el papel, madera. Timbre mudo, busco ojos de ballenas, lo marrón, tramos del paseo último, candados infinitos.

Combine y vea luz, advierto, lo que va a ver le devorará vivo. Quizá deje algún rastro sobre lienzos, notas, piedras... pero recuerde, lo que va a ver le devorará vivo - sonámbulo, idea pura, insignificante se vuelve el pobre individuo quien se atreve a abrir la puerta invisible. Combine artes y tinieblas hundirá, advierto, lo que va a ver, devorará...

Nota al pie: ¿Por qué se llora con sinceridad cuando llueve y los paraguas están de luto, cuando las cosillas no son comunes entre sí, cuando no comprendo las lágrimas, cuando el mar que chorrean las nubes no es salado? Me pregunto por qué si vemos una persona que llora nos suscita curiosidad. ¿Si ríe? Hoy ríen muchos, quizá demasiados... yo vi a aquellas nubes, desvanecieron al rato, detrás de mi mirada.

Improvisar - al actor le borraron la papeleta con su personaje, no conoce al escenario, más le desagrada, pero improvisa. Mueve las vértebras como quien ha perdido algo, como su esbozo...

Boceto - de un niño cantando falso. Boceto - de un edificio en construcción. Boceto - del orden aleatorio de los polígonos industriales.

Hoy volví a la valla de red a cuadrados, la oxidada. Hoy no vi los tenesistas, había sólo charcos. Hoy era de noche, los focos no funcionaban, no llegué a comprender cómo la farola más próxima pestañeaba nerviosa - si estaban apagadas todas las lámparas, si hoy es mi día de lluvia.

Universo

Miro la imagen en blanco y negro de un cuadro, recordándolo en color.

Miro la imagen en color de un cuadro, recordándolo en plata.

Miro la imagen en plata de un cuadro, recordándolo en blanco y negro.

Nota al pie: De los botones rojos en las esquinas superiores de los mandos a distancia del aparato de televisión.

- | | |
|------------------|--|
| Una niña | - Los exámenes, tengo que prepararlos para el nueve del mes que viene. |
| No, no era niña | - ¿Tú has terminado con el trabajo? Había que comprar... |
| Anciana | - La electricidad ha subido de precio, pero mi hija se gastó el mes pasado... |
| Anciano | - El viaje nos ha salido muy caro, más las cajas de ahorro hoy día... |
| Anciana | - El billete del tren se había incrementado de precio cuando fuimos al mar. |
| La misma anciana | - Mientras estábamos hablando en la playa, apenas pasados unos minutos, se nos vino la niebla encima. No se veía nada, aunque aun en menos tiempo desapareció. |
| Anciana | - Era bonito...
(Confusión por parte de la anciana, por parte del anciano.) |
| Anciano | - Es feo, si no se ve nada es feo. |
| Una mujer | - El ayuntamiento, hoy cerrado. Por la tarde iremos donde los abogados del vecino. |

Vigilante del bar - ¡Aquí no se puede sentar!
 Señor bajito - ¿Habéis encargado ya los muebles?
 Una chica - ¡Mira, me compré ese cinturón ayer! ¿A que me queda estupendo?
 Chica de al lado - ¡Mira, me compré esos papeles!
 La chica de al lado - Me sientan bien.
 Chica de al lado - ¿Me sientan bien? Cómodamente... ¿comprados?
 La vigilante o revisa entradas (no se sabe bien) - ¡No puede pasar sin el ticket!

(Yendo hacia la librería del otro lado del museo.)

La vigilante - Ha de dar la vuelta por fuera si va a la librería.
 (Retrocediendo a por el ticket del museo, por fin se puede ir hacia la librería, por dentro, por los pasillos.)

Un hombre - El mercado de los coches esos días en Chile...
 Otro hombre - Yo tengo contactos.
 Un hombre - Habrá que ver la demanda.
 ¡Cómprame eso! - Una niña
 Son unos tramposos. - Vagabundo
 Mira, las loterías del sábado. - Otro vagabundo
 Hay que seguir las series. - Vagabundo
 ¡Ponme uno con tortilla! - Un señor
 Tengo frío, tengo frío... - El sin techo friolento
 (Decían algo, veían algo... todos ellos, gesticulaban entorno algo, pero no se oía nada. El suelo de hoy es del color del silencio. Yo no estoy de paseo. Ya no.)

Las casas no son lugares donde se pueda pasear, ni caminar, ni estar de pié, ni mirar... distraídamente. Ver... lo distraído de los contornos de los objetos. Las calles, andando solo se puede cambiar de ruta... hacia la exposición, o suprimirla. Paseando sola puedo cambiar de ruta. Aunque al torcer hacia la esquina, desviándose, entrando a tomar algo en la cafetería de la esquina (algo que se acaba siempre, más la esquina, más la cafetería...), la cara en el espejo de enfrente no tiene el color apropiado. La silueta reflejada en el cristal es de su tinte propio, pero la de enfrente es diferente. El color de un libro de librería no es el de una cara. Tampoco la sombra adopta la postura del cuerpo, pero hoy no hace sol. Desviando el camino hacia la exposición se ven los colores, no, no se ven los colores. La cara del espejo de la cafetería no debió ser como la vi, no, se ven los colores. Los libros se leen en solitario, en silencio, yendo hacia un lugar... variado, variable.

(Un hombre con tic nervioso en el ojo
 otro hombre con tic en el ojo
 no, no es un tic, me guiñe el ojo.
 Un niño con tic en ambos ojos
 no, los niños no cierran los ojos.

Intermitentes. Eran unos intermitentes del coche verdoso.)

En los días grises no cualquier lugar del andén, de la calle es para estar de pié.

En los días verdosos no cualquier lugar del andén, de la plaza es para estar de pié.

En los días azules no cualquier lugar del andén, del callejón es para estar de pié.

Sentándose, caminando, apoyándose... habría que improvisar, habría que saber hacerlo. Pero son tantos andenes... y el día de hoy aun no ha acabado.

-

Hablando

Fell - Te lo tengo que decir Felly. No aguanto más.

- Felly - ¿El qué?
 Fell - Aun no lo sé. ¡Quédate hasta que recuerde!
 Felly - No puedo, Tengo que irme.
 Fell - No lo hagas. No aguantaré. No sabré callarlo más.
 Felly - Volveré mañana. Cuéntamelo en la madrugada.
 Fell - No, no podré. Se me olvidará. No lo diré, nunca. Me moriré.
 Felly - Si es tan terrible no lo olvidarás. No lo perderás. Yo te escucharé, pero cuando vuelva.
 Fell - Quieres que beba sola. Me llamarás borracha.
 Felly - Quiero que estés sola. Que tragues sola. Que mires sola. Que pienses, en silencio. Yo volveré, en silencio. Me lo dirás con el primer rocío.
 Fell - Lo perderé para siempre. Lo olvidaré para siempre. Eres cruel. Quédate hasta que aparezca. Tengo que decirlo, a ti. Es tu palabra.
 Felly - Yo no puedo estar callado.
 Fell - ¿Sabrás esperar?
 Felly - Yo no puedo beber.
 Fell - Beberé por ti.
 Felly - No tengo porque. Yo no espero nada. Te veo a ti, y me marchó.
 Fell - ¿Recuerdas a cuanto digo?
 Felly - Mañana volveré.
 Fell - Escucha lo que digo. ¡Oye me!
 Felly - No puedo. Tengo que estar yo. No debo estar aquí.
 Fell - Pero yo lo tengo que decir. Es a ti. Aguarda hasta que recuerde.
 Felly - Eres cruel. Eres terrible. No te olvido. Regresaré, mañana. Me lo dirás.
 Fell - ¿Ya te vas? Todo perdido, yo, estoy perdida.
 Felly - No. Volveré. Aquí estoy. Mañana estaré. Tú, estas. Yo te veo. Te escucho.
 ¡Dime!
 (silencio)

Nota al pié: Me inquietan los hilos que se caen de mi chaqueta de vez en cuando, finos, efimeros, juraría no eran de mi chaqueta... de la misma prenda... mi chaqueta no es tan negra... las costuras por mi chaqueta no son negras. Pero al color del hilo que sostiene los patrones de mi ropa... siento recordarlo.

Charla amistosa entre dos desconocidos

- Kórpovski - Hubo una época señor Kórpovski, en la que las personas se preocupaban unas por otras.
 Fauri - Sí, mi abuelo me contaba del médico de su aldea. Hubo cuando el pueblo sabía de quien entiende de su profesión, y eran los mismos aldeanos quienes elegían al doctor del poblado.
 K. - Yo me refería a los años que yo conozco. Sólo a aquellos míos tiempos pasados tengo derecho a nombrar épocas, lo demás es historia.
 F. - Hoy todo es historia señor Kórpovski.
 K. - Todo menos la melancolía.
 F. - Debería de reírse más a menudo, es malo para los nervios el exceso de melancolía.

- K. - Supongo todos los recuerdos de la niñez son malos.
- F. - Y de la juventud.
- K. - La juventud es la misma reencarnación del infantilismo. La niñez es otra cosa. Es aprender. Es seguir aprendiendo, siempre. Es eterno, como el océano.
- F. - No me diga que usted sigue siendo niño. No una vez le he oído insistir, que de tanta risa de su alrededor ya se le revuelve el estómago.
- K. - Tan sólo sigo de pié por mis actuales épocas gracias a la curiosidad, cual melancólicamente me devuelve en los recuerdo de niño. La diferencia entre el niño y el adulto señor Fauri, no es del todo la frontera de océanos bonitos. Únicamente los niños se creen cuanto se les cuanta, porque están aprendiendo. Los mayores desconfían de cuanto se les dice, porque están aprendiendo. Además no sé qué es peor, ¿Qué un mayor sea infantil, o que lo sea un niño?
- F. - Debería de intentar contentar un poco su prisma del prismático de memorias.
- K. - ¿Contentarme de qué? Si todo es risa en la historia, ya no hay ni niños, ni adultos. Todo es una infantil contemplación estéril de la realidad. Para no faltar, ésta última presume con maquillarse y convertirse en la prostituta moderna. De usted un paseo por la ciudad y ya me contará de los tapices colorados que viste todo edificio, coche o persona (vestida aparentemente).
- F. - Hoy mucha gente sigue conociendo del trato entre personas. No me diga que hoy nadie lee de las otras épocas.
- K. - ¿Pero acaso no se ha encontrado usted a señorita que os cuente de la derriba de algún edificio, o de la misma guerra (de muertos cuartizados etc.), pintándole ridícula sonrisa, que confieso me preocupa de dónde sería capaz de nacer (más en un rostro joven). O recuerde uno de su edad, que con toda formalidad le haya informado de la miseria de otros tiempos, añadiendo a la despedida que ha de ir con su esposa a que elija esta el cambio del inmueble hogareño. Mire, ni yo he vivido tanto como para que se me desgaste o rompa el armario.
- F. - Hoy la gente vive mucho, además se vive mejor, no hay que matarse de trabajar por el bocado del pan. Tiene sus puntos positivos el avance, hay que alegrarse.
- K. - Yo no soy capaz ni de sonreír siquiera. Usted lo dijo, no nos matamos de trabajar, sino trabajamos. Quizá yo ya no entienda de esas cosas. Supongo he vivido poco, para haber trabajado mucho.
- F. - La vida siempre ha sido risa.
- K. - No lo se. Por mi, aun hoy veo tan sólo dos tipos de personas, los que trabajan mucho y otros que no. Lo que ocurre, antes los que trabajaban mucho no vivían tanto.
- F. - Sobrevivían como podían.
- K. - Los animales que sobreviven no suelen reírse señor Fauri. De hecho aun hoy hay sólo dos tipos de animales que ríen, los humanos y los demonios.
- F. - Yo no he conocido al demonio señor Kórpovski, no se decirle nada al respecto.
- K. - ¿Ah no? ¡Debería! Es todo un personaje. Además os caeríais muy bien, ya que usted siempre se ríe y alegra de todo.
- F. - ¿Cómo, es que se le había encontrado usted?
- K. - Nunca importó el cómo, lo que se recuerda es el dónde.
- F. - Ya, es que tiene usted buena memoria.
- K. - ¿Acaso hoy ya no se tiene ni memoria? Supongo no importa. Pues mire, tenía yo un amigo, evidentemente en mi otra época - de la niñez. Creo que con decir que yo era amigo suyo basta.
- F. - ¿Es que él no lo fue?

- K. - No lo sé. Lo que importa es que no le voy a ver más, no sé si no se ve a un amigo, éste deja de serlo. Como yo no dejé de serlo, le recuerdo en mis melancólicas memorias. ¿Qué es sino la melancolía, que dejar de tener algo, dejado en la memoria de otras épocas, de la niñez...?
- F. - Me empieza a asustar usted. No me diga que el demonio tuvo algo que ver con su amigo.
- K. - ¿Con mi amistad? Nada, nada en absoluto. Precisamente el demonio me apareció en algo como reacción materializada de mi melancolía. Será lo que llamaría mi época de adulto. En esa época lo que se hace es aguantarse la desconfianza, porque entonces ya no puedo ser amigo de nadie. Cada vez que me equivoco con intentarlo, el demonio se burla de mí. Le hace mucha gracia mi época adulta.
- F. - Me esta confundiendo. ¿Encontró al demonio en su época de niñez entonces?
- K. - No sé. Yo cuando estoy melancólico, sigo en mi época de la niñez. Por ello trato de tener buena memoria, para evitar una niñez escasa.
- F. - Es usted muy serio para tener de amigo al demonio.
- K. - Yo no soy amigo suyo. No cree que las personas mayores, se diferencian de las personas infantiles, por tomarse los asuntos en serio.
- F. - Como los hogares en los que el marido se toma en serio a su hogar, como su responsabilidad a sostener, y la esposa se dedica a recolocar y remontar el interior.
- K. - Veo que ha conocido la mujer de mi conocido que le mencioné antes. ¿Sabía que ella no salía de su casa, nunca?
- F. - No me extraña, ya que desconoce los cimientos de la base del edificio. ¿Entonces usted por renunciar a lo infantil, niega su época de la juventud?
- K. - Ya le dije que trato de conservar mis memorias de la niñez, y las tuve tanto al cumplir veinte, como treinta, como cuarenta... Por ser seria una persona mayor, no deja de lado a las impresiones de niño, y no por ello un niño no ha de poder trabajar.
- F. - Ya, hoy los niños viven. Más los mayores viven mucho.
- K. - Yo, cuando presencio la falta de valores, veo arrastrarse un dragón chino. Pero no es aquel de la China, sino un cuasimodo con agujeros por la espalda, que apestan, huele toda la zona a muerte de dragones.
- F. - Es que hoy nadie cree en los dragones.
- K. - Ya, hoy todo es historia como usted dijo.
- F. - Cierto, no hay objetos propios, sino de decoración.
- K. - Pero mire, curiosamente el teatro no ha pasado a la historia. Dicen que desapareció del escenario, pero yo creo se echó a la calle y en la vida.
- F. - Es que los hogares hoy están en la calle, torcidos, vísceras fuera.
- K. - ¿Y si dejara de ser una época tan teatral? ¿Recuerde al teatro! ¿Y si no gritaran los actores como los políticos en sus discursos? ¿Y si no expusieran tragedias inventadas? ¿Y si intentaran hablar como los compositores, con la necesaria delicadeza de ir callando el final de cada palabra? ¿Y si no exageraran a cuanto hicieran? De ser capaces los actores imaginar estar en una casa silenciosa, con amigos, el teatro será cine mudo, sería el teatro sencillamente.
- F. - Usted al parecer va mucho al teatro.
- K. - No me es necesario, me basta caminar por la calle.
- F. - Pues valla malos recuerdos le guarda al paseo.
- K. - Del tener buena memoria de los hechos malos, a los sucesos desagradables se les reconoce aun en su cuna.
- F. - Infantiles, como dijo.

- K. - Le vuelvo a sugerir que conozca al demonio. La muerte por ejemplo no tiene nada de infantil. Recuerde usted del guerrero que prefería morir en el campo de batalla. O de quien prefiere morir en soledad. O del que prefiere no morir en el hospital, de luces, brillante, blanco. ¿Quién querrá una muerte blanca? O de quien no le importa morir si está en el lugar amado.
- F. - ¿Del melancólico, del que ama los lugares?
- K. - No. Todos aquellos ya son historia. Hoy ni se puede morir.
- F. - Supongo el demonio también es historia.
- K. - Sí, desgraciadamente usted no le podrá conocer.
- F. - Pero yo recuerdo uno que fue amigo mío, hace ya mucho, no recuerdo dónde era.
- K. - Ya, en las amistades uno de los amigos empiedre ser una especie de esclavo al otro. Los esclavos suelen tener buena memoria de sus condenas. A veces vuelven a sentirse como bajo dominio, bajo prisión. Algunos hasta les sienta mal a que se les libere.
- F. - Ja, ja, sí. Como vuestras épocas de la niñez, de la juventud y del adulto, que mezcla usted en ensalada novedosa.
- K. - Sí, supongo será gracioso. Mis recetas son historia ya.
- F. - Debería de reírse más a menudo, es malo para los nervios el exceso de melancolía.
- K. - Supongo todos los recuerdos de la niñez son malos. ¡Que tenga usted buen día señor Fauri!
- F. - ¡Igualmente! Espero volver a verle señor Kórpovski.
- K. - Sí, yo también le miraré cuando pase.
- F. - ¿Disculpe?
- K. - Como las hojas amarillas que caen en otoño, rozándonos las espaldas al pasar por el parque. Se alejan con la delicadeza y gracia correspondiente a las hojas secas.
- F. - Ja, ja, sí. Hasta la próxima.
- K. - (Me pregunto dónde está la gracia.)

Juicio final

- uno más - Yo les pregunto señores jueces, ¿es posible ser feliz más de unos instantes al día?
- Jueces - Según la ley de felicidad pública, usted está en condiciones...
- uno más - Yo de la felicidad pública no sé decir, os interrogo acerca de la mía, cual dirían ustedes aumenta de acuerdo yo me realice públicamente.
- Jueces - Así es señor, dependiendo del lugar que ocupa en la sociedad, a partir de ello se esfuerza usted hacia la felicidad, es decir vuestra realización pública.
- uno más - No respondieron ustedes. Si se es feliz una milésima de tiempo, que compensa las largas horas de aburrimiento, más las horas de reflexiones acerca los suicidas, los idos por islas desconocidas, los enfermos mentales, ¿acaso se es realmente feliz en tal instante? ¿O se convierte aquello en lucha con la vida, cual dicen ustedes va guiada hacia la felicidad pública?

- Jueces - El pueblo se siente definitivamente feliz cuando trabaja, según nuestra ley de...
- uno más - Pero si yo no estoy trabajando.
- Jueces - ¿Cómo, no es usted un trabajador públicamente reconocido? Ha de solucionar usted tal falta de...
- uno más - Disculpen ustedes, pero estoy estudiando.
- Jueces - Pues se está usted formando hacia su futura felicidad. ¿A que vienen semejantes interrogaciones por vuestra parte?
- uno más - A que me estoy formando en nada señoría. Se me educa en guiarme por las leyes y realizar proyectos. Se me enseña a desarrollar...proyectos.
- Jueces - Eso está muy bien. Nuestro sistema educativo es de los más eficaces.
- uno más - No he acabado. Decía a desarrollar proyectos, que no se refieren a cosas más en fin, porque Señoría yo no tengo nada. Estoy estudiando. No tengo trabajo. Los asuntos que me interesan al parecer se refieren a imaginar mejor mis realizaciones, de proyectos.
- Jueces - Sí, sí, eso esta muy bien. El sistema educativo tiene que orientar siempre hacia el futuro. Imaginar mejores soluciones.
- uno más - ¿Soluciones a qué Señoría? Yo no trabajo. Yo aprendo a hacer proyectos.
- Jueces - Pues imagine usted, imagine. Es lo que la juventud mejor sabe hacer, verdad.
- uno más - ¿Imaginar a qué Señoría? No poseo nada que conozca plenamente, para que me aburra hasta imaginar. ¿Imaginar a qué?
- Jueces - A sus proyectos.
- uno más - ¿De investigación?
- Jueces - Así es. Así es como prospera la sociedad.
- uno más - Me daba vergüenza mencionarlo ante todos, pero al parecer es necesario. Es que mis proyectos son artísticos Señoría.
- Jueces - ¡Mejor aun! La cultura tiene que prosperar hoy día. No se avergüence usted, tiene que ser orgulloso de sí. ¡Es usted un artista!
- uno más - ¿Están ustedes sugiriendo que compita con la sociedad para proseguir con mis búsquedas?
- Jueces - La competencia es la base de todo.
- uno más - Tengo malos recuerdos de la guerra.
- Jueces - La guerra es la base de todo. ¿Y no decía el señor, que no tenía nada?
- uno más - ¿Es que seguimos en estado de guerra Señoría?
- Jueces - No, definitivamente no. ¡Dios nos salve!
- uno más - Yo creí que decían ustedes hace un momento...
- Jueces - ¡Antes, antes, hace un momento! ¡Mire usted hacia el futuro! ¡Imagine! Además no nos hizo comprender de manera inteligible a vuestras preocupaciones artísticas.
- uno más - Malentendido, todo eso parece un malentendido. Yo no les interrogué acerca preocupaciones artísticas. Me limito a las humanas. ¿De si puedo estar feliz más de un instante al día?
- Jueces - Según la ley de felicidad pública...
- uno más - Yo no sé de lo público. Tan sólo supongo a un triste estudiante, otro grano de arena de lo público.
- Jueces - Pues lo ha resuelto solo, es usted triste. ¿A qué viene a interrogarnos acerca de la felicidad? Según la ley de tristeza pública, un individuo está inútil o triste, cuando no contribuye a la comunidad, trabajando.
- uno más - ¿Trabajar en qué Señoría? Yo estudio. No sé hacer más que proyectos, de investigación.

- Jueces - ¡Haga usted de su tristeza señor!
- uno más - ¿Y de los pequeños instantes de felicidad, de los que os pregunté?
- Jueces - Usted ocúpese de lo suyo, de cuanto mejor conoce, de la tristeza.
- uno más - ¿No sugerirán que mis proyectos de investigación tratan del aburrimiento, de los suicidas, de los idos a islas perdidas, de los enfermos mentales?
- Jueces - Exactamente señor estudiante. Exactamente lo que nosotros sugerimos.
- uno más - Tengo entendido por consiguiente, que tratar de la vida consiste en luchar contra la felicidad.
- Jueces - Todo en este mundo es lucha señor.
- uno más - Yo, es que tengo malos recuerdos de la guerra.
- Jueces - Le comprendemos perfectamente. Todos tenemos malos recuerdos, pero trabajamos luchando, para el bien público. Según la ley de tristeza pública, la felicidad pública, es también la felicidad del individuo.
- uno más - ¡Va a costa de la felicidad del individuo!
- Jueces - Ah, sí, sí. Perdónese usted. Es complicado acordarse al pie de la letra de todas las leyes. ¡Ve usted, ya se convierte en un experto en tristezas! ¿Ve cómo nuestro sistema educativo es de los más eficaces?
- uno más - Ya veo, aprendo rápido.
- Jueces - Siga así señor estudiante. Siempre hay que prosperar.
- uno más - Para el bien público.
- Jueces - Va ser usted un digno ciudadano.
- uno más - Es que yo tengo malas memorias...
- Jueces - No tiene usted elección, tiene que trabajar...de las tristezas.
- uno más - Tienen ustedes toda la razón. No he de perder ya a vuestro tiempo, que me tengo que ocupar de los desaparecidos, los esquizofrénicos y los suicidas.
- Jueces - Sí, haga usted su trabajo, y estudie.
- uno más - Gracias, prosigan ustedes con el suyo pues. ¡Que tengan buenos éxitos!
- Jueces - Gracias señor estudiante, ojalá todos nuestros resultados sigan como con usted, orientando la juventud, con éxito.

¡Tuerza la columna!

- Voz 1ª - ¡Siéntese por favor!
- Voz 2ª - Yo no adopto tales posturas.
- Voz 1ª - Túmbese entonces si le apetece.
- Voz 2ª - Yo no.
- Voz 1ª - Pues quédese de pié, como los cadetes.
- Voz 2ª - Yo no adopto tales posturas.
- Voz 1ª - Si es tan testanudo, tírese boca abajo.
- Voz 2ª - Yo no.
- Voz 1ª - Pues haga lo que quiera, valla de arriba abajo y de allá para acá. Estése a lo suyo, déjese ya de exageraciones.
- Voz 2ª - Yo no voy a ninguna parte.
- Voz 1ª - ¡Admirable!
- Voz 2ª - Si estoy perfectamente tal como ahora. ¿Me permite usted simplemente estar a mi manera?

Voz 1ª - Haga lo que le place, me tiene usted sin cuidado.

Voz 2ª - Yo creía se preocupaba en que me sentara.

Voz 1ª - Me da usted igual.

Voz 2ª - ¿Le da igual? Curiosamente, esta fue mi postura, por lo que no le invité a esperar conmigo.

Voz 1ª - ¿Esperar a qué? ¿Va tener usted visita? ¿Le envían algo? ¿Será alguna carta quizá? ¿No esperará a alguna señora? ¿Esperar a qué? ¿Qué está tramando usted? ¡Dígame por favor!

Hogar

El tinte de tu vaso - rojizo,
 tus ojos - del brillo de la sangre.
 Ahora timbrarás con tu palillo metálico por el cristal
 las campanitas de melodía vinaria brinden, por ti,
 pero tú no estas borracho,
 ahora canta tu catedral,
 con las cuerdas vocales de ellos, tus queridos.
 El gong de la catedral suena una vez al año,
 luego sus tejados se ocultan en el invierno.
 Olvida hoy de que sus ladrillos caerán,
 sé feliz, una vez parda en la memoria del verano.
 Si estas seis días de la semana bajo ruinas,
 un día perderás, al intentar ver al edificio de pié,
 una hora, pasarás con los recuerdos de hojas amarillas,
 menos que un instante beberás de tu vaso, rojizo.
 Tus lágrimas no lloradas transparentarán, verde.

Otoño

Nota al pie: Vi peceras con cangrejos muertos y jaulas con estrellitas de mar, ponis vivos siendo carruseles en las ferias, pintores hábiles haciendo caricaturas de los niños por la playa, pantallas grandes que sonaban a tormenta al atardecer... Vi al atardecer del mar, y fue negro. Sí, lo negro vi, supe de lo oceánico, en el amanecer.

El fantasma

¡Haga usted las maletas y marche!
 (gritó)
 Apague las luces y abra bien los ojos.
 (dijo, el fantasma)
 Valla encontrarse usted con hipopótamos de verdad.
 (los ofende el señor fantasma,
 son animales que yo respeto)

Enciérrese en la casa y no salga.

(aquel habla, pero es fantasma,
sólo yo lo oigo,
otros fingen no verlo)

Si vive usted como hombre y no hace cuanto el artista...

(¿qué pasaría?)

...esperará a que caiga un enviado del cielo,
que le invita ir a vivir a la China.

(son optimistas los fantasmas hoy día)

En una aldea de la China,
hablarán los dos como si solos estuvieran.

Nota al pie: Y la palabra trajo la locura al mundo. Intentó traducir las sensaciones en frase, se atormentó el mundo. Los animales que padecen la locura, son los de dotes extraordinarios, humanos. Dios los alcanzó con su barrita mágica, del habla, y enloquecieron.

Caparazón

Si pudiese pedir un sueño,
quisiera devenir tortuga,
tortuga aún en su huevo,
pero seré yo, en su cáscara,
con mis recuerdos humanos,
y con mi amor de niña.

Si se cumpliera mi sueño,
yo volvería a salir de mi huevo,
de mi huevo primero,
pero mi nacimiento segundo,
a la luz de la noche,
bajo las mismas estrellas.

Nadie sabrá que la tortuga reía,
nadie sabrá que la tortuga se asombraba,
nadie sabrá que la tortuga es de ojos humanos,
ni que su siseante voz fue palabras,
nadie supondrá todo ello,
- porque las tortugas no lo hacen.

Si algunos sin suerte,
intentaran ser sus amigos,
la tortuga tímida vuelve,
bajo su herradura de mis costillas,
sin tener que cerrar puertas,
ni dar explicaciones
- porque es lo que las tortugas hacen.

Quién sabrá de cuanto imaginaría,
su cabeza oculta,

con sus ojos cerrados,
con su pico apretado,
aguardando a no ser traidora,
de mi risa, asombro, y ojos
- porque son así las tortugas.

Mi tortuga no tendrá prisa,
de llegar donde sea,
aguarda sus patas, cabeza y dientes,
bajo mi cuerpo invertido,
a no ser que alguien la pise,
y rompa mi único hueso
- porque no son las tortugas eternas.

No, yo no pediré un sueño,
por no haber quien lo cumpla,
quizá por tener yo cabeza caparazón,
o quizá porque mi tortuga ya no reza.
Las tortugas no tienen dioses,
se arrastran pacientes hacia su fin,
- porque las tortugas son así,
nacen entre dos huesos,
y no más que en uno mueren,
no se preguntan del por qué de su ser,
y con ser humanos no sueñan.

Nota al pie: El hermano pequeño muerde el gofre caliente, se le queda una miga en el labio superior.

La hermana muerde el gofre con confitura de fresa que se derrite paulatinamente por los bordes.

La madre rompe una esquinita, mastica la esquinita, habla, el gofre no tiene confitura.

- Parada primera del metro - El conjunto de cadáveres de latas ordenadas rigurosamente al lado de la pared del andén, la pared está entorno las latas, las personas entorno cada lata, escurre sangre... Ya no, son charcos de líquido seco y pegajoso que inunda al andén, el cementerio - habría que enterrar a las latas, pero la tumba...el cubo de basura esta reventado, de cadáveres. Me pregunto por el color de la sangre de un conjunto de cadáveres, transparente, color pegajoso.

El hermano pequeño agarra con toda su mano derecha el gofre caliente, muerde su mayor mordisco, no sabe manejar el gofre, sigue mordiendo para que no se le caiga.

La hermana intenta ingerir toda la confitura, que parece como si aumentara con cada parpadeo, haciendo imposible el devoro de su gofre. La hermana tiene la boca roja, de confitura, de fresa.

La madre se come a la esquinita, el trocito de la madre es rojo, de carmín, de madre.

- Parada - El pié derecho del vagabundo que duerme en medio de la calle, está torcido, no, está flaco, no, enfermo, del color del tabaco, no, de color rosado nebuloso, no, azul, no, color de pié torcido. La pierna que está encima de la otra pierna de cadáver tumbado en medio de la calle tiene el hueso torcido, forma curva símil a un arco de catedral respecto el suelo. Las personas están entorno el dormido, el cadáver, entorno las personas, al suelo, entorno el suelo, de la calle.

El hermano pequeño describe su pirueta maestra delante de todos, delante de mí. El gofre aplasta cara en el suelo, su reverso, no, su cara, no, el gofre del hermano no tiene confitura. El hermano pequeño no tiene gofre, no tiene reverso.

La hermana sigue tragando confitura, no ve a la confitura, se traga el gofre, no saborea la confitura. La hermana le deja la confitura al hermano pequeño, le deja el gofre con confitura, con una esquinita de más.

La madre recoge el gofre caído, la esconde, la oculta, de todos nosotros, de mí, se la guarda en el bolsillo, del bolso, las madres no tienen bolsillos.

- Parada - La ciudad está superpoblada por series de escarabajos, las vitrinas del museo, de zapatos de caballero, de cuero. Los escarabajos están en las calles, los disecados en las calles, los cadáveres en las calles, los dormidos, en medio, alrededor de todos nosotros, alrededor mío, el metro sigue debajo de las calles.

El hermano pequeño no tenía hambre. Ingería la confitura de la hermana.

La hermana no tenía hambre, no comía mitad de gofre con media cantidad de confitura, comía, simplemente, no tenía hambre, quería comer, no, no sencillamente.

La madre quería comer, no, la madre dejó alimentar a los hijos, no comían, ella no les dejaba la esquinita, no tenían hambre, la esquinita sabía a gofre, sabía a confitura, pero la hermana y el hermano pequeño tragaban la confitura, no tenían hambre, ingerían comida, la madre tragaba... la parada tras la parada...primera.

De un cobarde

Cuando tropas por el monte
 en tu busca
 gritan como dioses
 de la muerte
 no cojas a tu espada
 asecha oculto
 pero contigo.
 Cuando callan por su cumbre
 y los ves asesinados
 por la divina mano
 del que cae
 no cojas a tu espada
 ve a su engaño
 y respira hondo, contigo.
 Cuando por el prado,
 corren los soldados blancos
 en tu busca
 cantando tu nombre
 no cojas a tu espada
 pero míralos bien
 su blancura es tu alma.
 Cuando ya salga en el campo
 a sus espaldas
 apuñalando
 tira tu espada
 te suicidas
 asecha pálido, enmudecido
 pero contigo.

De una idea

Nota al pie: Me pregunto por qué la última palabra suele ser “falta de disciplina” o “pereza”.

Asociar la música a remordimientos (será otro defecto)...

Dos horas de concierto son demasiadas, dos horas de ensonación, de lucha de aves de tamaño cercano al del arco de viola de tinte negro. Los hay quienes dicen les duelen las piernas, o los codos, o los cuellos, los traseros, las cabezas... Confío tanto en el caso de ellos, como en el mío son dolores de cerebro.

Me tranquiliza pensar en que los compositores suelen componer en sus casas. Me imagino por ejemplo el papel de las partituras de color azul pálido, los cantantes inmóviles al igual que la madera del contrabajo, o los violines. Me alegra constatar que el pianista es el único a quien los focos no le dan directo a la cara, por poco pasa desapercibido...

Tanto a remordimientos de oído...

Al comienzo, los momentos culminantes de la orquesta no provocaban en mí ninguna sensación, pasado rato me emocionaba, durante la segunda parte empezaron a asustarme, al final no percibía más que ruidos. Fue penoso lo que me sucedió, y sé R. Strauss no tuvo la culpa. En el descanso, como es debido la mayoría apoyados en los balcones del foaiet, nos dedicamos a contemplar la colección exquisita de escarabajos extinguidos o zoo de personas bien educadas. Media hora de descanso es demasiado poco para observar, sin embargo estaban todos, los de siempre: el señor de pantalones rojos y bufanda fea, la señora que no dejaba de devorar pescado, el medio calvo de tres pelos persiguiéndose por su cabeza, el de enfrente mío que también se dedicaba a abrir ojos incomprensiblemente, la anciana que apenas caminaba ocultando sus arrugas del cuello tras el chal de pieles, el señor de gestos refinados, la señorita de camisa rayada, el pensativo del balcón más elevado, el solitario del bigote apoyado en su columna de mármol, la novia de ropa al día..., yo nunca los había visto por supuesto... y estaba allí, como siempre. Me interrogaba además a qué se dedican todos ellos. Fracagé en averiguarlo - se quedaron en el conjunto de recreo estudiantil en el patio del Teatro, o en el ruidoso conjunto de personas que se conocen, la reunión de amistades diríamos... y yo regresaba dentro de horas a mi casa sin ni una cabeza de barro hecha, siquiera comenzada, mas casi no dibujo, mas dejé de pintar, hasta ya me sienta mal escribir, me desagradan dos horas de ensonación, dos horas de gestos incomprensibles que adopta mi cuerpo ante la música. No lo he intentado aun, el esculpir mis cabezas, pero sé no lo conseguiré con las manos ligeras, los dedos abiertos, con los ojos musicalmente enamorados. Todo eso no me debería de pasar, la música es hermosa, quizá sea la única...

Durante un tiempo (duró menos que el parpadeo de alas de pájaro de mediano tamaño), amé la cara de uno del escenario (el del público por supuesto). No, no hay derecho a perder la tristeza, la melancolía, olvidar la soledad o mejor dicho olvidarse uno mismo, olvidar a observar, a ver... Amar...nunca creí que la música me traería remordimientos de no cumplir con lo que debo hacer. Si quedan unos veintisiete años más, o treinta y siete, o cuarenta y siete...no son muchos, pero quizá son demasiados para escuchar orquestas, son pocos para abrir los ojos a las caras de las personas, cerrarlos a los focos de los escenarios, a los focos de miradas más allá de la piel en una cara.

El Biógrafo

Biógrafo - Es emocionante ver cómo se entusiasma usted únicamente cuando está con vuestras cosas.

Escritor - Así es la vida, divertida en todos sus largos y diurnos silencios.

B. - ¿Pero usted suele narrar cuentos a su querido loro sólo de noche?

E. - “Emocionante”, como usted dijo. Una vida diaria sin duda emocionante.

B. - Pero las cosas de usted, los cuentos que narra son de lo más conmovedor.

E. - Si insiste. No he tenido el placer de consultar a mi querido loro de si las oye estupendas.

- B. - Seguramente que sí, estoy convencido.
- E. - ¿Disculpe la indiscreción, pero ha sido usted un loro alguna vez?
- B. - No, no he tenido el placer. Aunque me gustaría...
- E. - ¿Cómo sabe entonces de cuanto oyen los loros? Además mi loro...
- B. - Yo es que comprendo las aves. Lo que hago es comprender toda clase de pájaros.
- E. - Y se emociona usted mucho al parecer.
- B. - ¡Así es, así es!
- E. - Es curiosa vuestra situación, yo, en todos los años que he estado narrándole a mi loro, ni una vez fui capaz de oír cuanto chismorreaba con su pico. Ya me gustaría comprenderle algún día.
- B. - Seguramente lo conseguirá en su día. Es emocionante ver como se esfuerza usted en tener amigos. Va usted con su ambiente a todas partes.
- E. - Mire, yo las horas diurnas las suelo pasar acompañado, que no es lo mismo que no estar solo.
- B. - Ya, pero de noche esta usted completamente solo.
- E. - Supongo por ello me he comprado un loro, para no sentirme solitario.
- B. - ¿Pero no se quejaba de que...?
- E. - Tal vez me quejé de sentirme demasiado acompañado, aunque por el detalle de recordar a mis amigos y mí querido loro, soy un solitario.
- B. - Es emocionante ver cómo tiene usted de claros sus objetivos en la vida.
- E. - Emocionante, sin duda alguna, como usted dijo.
- B. - Es tarde, le dejo ya, que tiene que ocuparse de sus cosas.
- E. - No, pero no se moleste usted, sino me sentiré poco solitario.
- B. - ¿Pero no quería usted estar solo, pasadas las horas diurnas?
- E. - Yo no he dicho que no estuviese solo, lo único... usted es mi invitado hoy.
- B. - ¡Mire, allí viene su loro, me conmueven los sonidos que dispersa!
- E. - Emocionante.
- B. - ¿Perdone?
- E. - Decía usted, "emocionante".
- B. - Ah, sí, sí, es un loro emocionante.

Frente la multitud de pilones de andamios que sostienen el primer piso de un edificio en construcción

- El uno - Recuerdo cuando era niño, jugaba por lugares de esos. Eran mi base secreta y yo espiaba al resto de colegiales. Las aperturas por las paredes están tapadas con cartones para que no entren infiltrados. Cada piedra de las que he traído tiene su misión secreta.
- El dos - Semejan los bajos del infierno, las almas estáticas y erectas de los muertos sosteniendo el mundo del hormigón. Detrás, en las sombras se desliza el

hada de la muerte humedeciendo el mundo subterráneo - aun en construcción.

El tres - Este es el edificio donde irán a colocar los ancianos de la aldea. A mano izquierda estarán las cocinas, a la derecha los baños. Los dormitorios por supuesto en los próximos dos o tres pisos superiores, por construir.

El cuatro - Pilones de hierro - el hierro de mi navaja, la cúpula de la parroquia, su cruz, la pala de mi padre, los restos de herramientas anticuadas que excavaron al lado de mi casa, el barco del puerto, el ancla oxidado, las rejas de la prisión, mi anillo de alambre, el bastón de Edmund...

Bloques de piedra - mi colección de piedras vulgares, mi casa, mi otra casa, la calle mojada, la mujer de cráneo roto por una piedra, el obelisco del jardín, la sierra, la isla, el patio de mi colegio, el rostro de la estatua tirada en el bosque, la celda...

El cinco - Cartel "Prohibido el paso". De cuando las casas vivían junto con los hombres por la ciudad, de cuando los hombres caminaban por las calles. Invasores, letreros y anuncios, coches y vehículos, prohibido el paso...

-

El Uno - Mi cuerpo suda, me estoy achicharrando,
pero mi mente es fría, mi alma hielo,
el cielo es del azul más claro,
y el suelo de la tierra más negra,
pero son iguales,
Cuando trabajo, son uno,
los cómplices del albañil,
en persona.

Nota al pie: No sé por qué el bater en mi casa suena al ronquido que mi gato desprendía cuando le aplastaron la cabeza, mi gato respiraba sangre (tuve otros, pero quise a este último). El bater vomita agua, no entiendo por qué suenan igual. Mi gato murió, se escapó (los gatos mueren fuera del hogar), el bater sigue gruñendo, sigue tragando heces, sigue ingiriendo desechos vomitados. ¿Los baters no mueren? No entiendo cómo respiran bajo nuestros traseros. No entiendo por qué mi gato murió feo, sin un ojo, sin mitad de cara, sin mitad de mandíbula, flaco...era mi gato, un gato educado.

De una señorita

Voz masculina - Sea usted señorita y cambie de ropa diariamente.

Voz femenina - Pero si cada día camino por la misma calle.

Voz m. - A usted yo la veo diferente con el día nuevo.

Voz f. - No le comprendo, si no hay nada que me cambie por esa aldea.

Voz m. - Si cambia usted de vestido seguramente la calle vendrá a ser diferente.

Voz f. - Es que mis vestidos son iguales.

Voz m. - Aun así, si los renueva, sé que verá a la ciudad incomprensible.

- Voz f. - No hay nada que comprender por ese lugar perdido.
- Voz m. - Abuse usted de su instinto de supervivencia y verá que sí.
- Voz f. - ¿Defendiéndome de qué? No le comprendo.
- Voz m. - De nada. Simplemente mire a cuanto haya por la calle, no cuanto esa le aparenta.
- Voz f. - ¿De qué me serviría?
- Voz m. - Verá usted de la utilidad de los letreros, las señales, los basureros, las panaderías.
- Voz f. - Yo sé perfectamente cómo son.
- Voz m. - No conocerlos, verlos por su utilidad. Intuya usted, y caminará por aldea extranjera cada día.
- Voz f. - ¡De tanto variar de aldeas yo dejaría de cambiar! Seré yo misma en lugares diferentes.
- Voz m. - No esté tan segura. Cambie usted de vestido y yo la veré como siempre.
- Voz f. - Le he dicho que mis vestidos son idénticos.
- Voz m. - ¿Supongo vuestra sastre no los cosió a la misma hora?
- Voz f. - ¿Cómo sabe usted que no cambio de vestido si son iguales?
- Voz m. - Porque la veo a usted diferente, pero siempre a la misma hora.
- Voz m. - Es que hoy las señoritas pueden salir sólo a la hora de cenar.
- Voz m. - Pues le rogaré que no sea usted señorita y salga en la madrugada.
- Voz f. - Pero al alba no hay nadie por las calles, caminaré sola.
- Voz m. - ¿No sabía usted que cuando el sol rompe al crepúsculo, los señores salen - aburridos de llevar sus trajes negros e iguales, visten de aldeanos y pasean sus recuerdos.
- Voz f. - ¿Qué haré yo en compañía de señores? Ya no he de ser señorita.
- Voz m. - Vista usted otro de sus vestidos iguales. Yo la veré tal como la recuerdo.
- Voz f. - ¿Supongo yo veré la aldea cambiada?
- Voz m. - No lo se. Usted ha de decírmelo.

Nota al pie: Voz 1ª (El desconocido que le cruzaba todos los días)

Voz 2ª (Quien cruzaba al desconocido todos los días)

/Al cruzarse los dos/

Voz 1ª - ¿Tomamos un café?

Voz 2ª (Le mira la frente un poco por encima del entrecejo, y mientras desciende un gorrión de una farola cercana, reflexionando...) - [Una pregunta con trampa, un café... sí me quiero tomar un café. ¿Pero con él? No, no quiero tomarlo con nadie, aunque un café... Al menos me dejarán de pesar los párpados hoy, y desde ayer. ¿Pero mañana? ¿Vale la pena despertarme, a costa del dolor de cabeza que me gano aún no acabada la taza de mango imposible de sujetar? Además se me disparan los nervios, empezaré a temblar, bueno, todos los días tiembla el pulso... Mejor un te, con un te no temblaré, al menos desde los intestinos. Pero el calor que gotea el te por la frente, y por el cuerpo, y por la ropa, y más allá de mi ropa, me achicharraré... Volveré a temblar, o quizá no, seguramente me entrará sueño... Horroroso, morirme dos veces al día es realmente pésimo, y morir pensando, por la tarde, no por la noche cuando no se hace nada... Con el te va a ser muerte estresante... Mejor un whisky, uno doble, qué más da, si no soy capaz de llevarme borracheras... Me pregunto qué es aquello, no temblaré, no me dormiré, al menos no me dolerá la cabeza... Pero los párpados, siguen cayendo, con un whisky hasta cae la vista, aunque la mente sigue igual de pesada... Si no fuera por los accesorios perceptivos que adornan la cabeza, qué haría el pensamiento, se tornará borracho seguramente... Aunque emborracharse en tal

caso ha de ser imposible, en todo caso es imposible que me emborrache, siquiera con un café, ni con un te...

Tramposo, pero las trampas son para quien las evita, quien le interesan. ¿Y si da igual? - el reloj gira de todas formas, hacia delante, aunque el sol del "delante" es el mismo de ayer, y de antesdeayer... Sí, da lo mismo... Me pregunto acerca los que se golpean la cabeza contra la pared, sin duda están muy preocupados. Sin duda los estúpidos son preocupados, aunque no se si un vagabundo es la inteligencia de la nación, seguramente no...es.

Me pregunto si esperan romperse el cráneo, o se castigan por su estupidez, o esperan hundir la cabeza en la pared de manera que desaparezca entera (supongo consideran todo su ser situado en sus cerebros), o se sienten de yeso y pretenden fusionarse con los bloques blancos, o quieren comprobar de si realmente la pared es más dura que su cabeza (lo cual es dudoso, igualmente no confían en romperse el cráneo contra la superficie vertical, son optimistas, por qué no le darán con su cabeza contra el suelo, y al techo ni lo intentan...con lo sencillo que sería).

Sí, con un whisky me entrará sueño seguramente y entraré en condiciones corpóreas de ducha recién caída tras mis espaldas, mis pensamientos bajo un charco... Dormir atonta, para no faltar menos se duerme acostados, no se mueve uno, deja de existir, hasta se empieza a soñar de lo que no hay quien se salve... No se puede escapar de uno mismo, ni de noche, lo más que se puede hacer es acostumbrarse a diferenciar cuándo se está soñando. ¿Por qué cuando no se duerme bien se ven las cosas con bastante coherencia? De mal humor al mundo se le ve como es, perfectamente encajonado en su gravedad, sus leyes, sus reglas irreparables, y el pajarillo cuelga una zanca del borde, desentonando... Si se entornan ligeramente los ojos hasta se acierta en deletrear la cara del de enfrente, aunque los cuadros impresionistas son de personas que duermen mucho, mucho más de lo necesario, gente de buen humor evidentemente. Alcohol para dormir, no, para acompañar al insomnio. El insomnio es sano seguramente, al igual que el alcohol, aun en exceso. Basta preguntar al abuelo. ¿Pero que es exceso si no se emborracha uno, a no ser muerto? Sí, insomnio...

...hablan, estornudan, pisan, susurran, escupen, gritan, chillan, hablan

todos a la vez,

en las calles, en la cama, desde las máquinas, tras las paredes,

y en las paredes, en sueños, aun despiertos

ruidos

todos a la vez, no suenan a nada conocido, no dicen nada

los oídos despedazados

no oyen - al silencio

no saben - del silencio

al menos el habla calla

la respiración aguarda

pero no se duerme

soñar con ruidos hasta inventados

no es huir,

no oír los pasos propios

no es despertar de la nada,

al abrir ojos, lo más que aguanten

se ve al silencio.

El silencio se puede ver

se puede imaginar

pero tan sólo tras una ventana.

Mirando afuera de la ventana, se ve el silencio

del fuera, del paisaje exterior no se oye nada.

Mirando adentro de la ventana, se ve el silencio, del dentro,

del ambiente interior no se oye nada.

Entonces la luz dorada del sol tras párpados cerrados no suelta ni nota,

respeto al oído,
lo negro de la noche es el agujero pegajoso, hondo y ruidoso que grita,
revienta a los chillos ocultos.

De noche, durmiendo, mi casa carece de ventana... ¿El bar para tomar café? ¿Para tomar un te? ¿Para tomarse un whisky? - eso sí que no, es lo bastante caro, peor, es bastante malo... pero está la ventana, del bar, y los pájaros a las afueras, volando, los veo dorados...]

Mire usted, los pájaros del tejado, descienden, en pares, no, son... a ver, son siete. Han tornado la esquina de al lado... [¿Tornan las esquinas?]

Voz 1ª - En tres palabras, hoy no es mi día de suerte.

Voz 2ª (Le mira la frente un poco por debajo del entrecejo, y mientras el gorrión ronda la farola en busca de comida, preparándose para despegar, reflexiona...) - [Cómo, sí que es de suerte, caerse en las trampas, sino no existirían. Aunque duren poco, pero, no se, los bares sino... no existirían... aunque duren poco, aunque no se, los bares siguen existiendo, siguen vendiendo cafés, y tes, y whisky, siguen comprando... Con que me seguirá invitando, a un café, con que no iré, sino los ruidos caerán en el engaño... El silencio acabará destripado entre los dientes de la trampa de osos, y lo que sangraría... mejor no imaginarlo, mejor quedarse sentado...]

El Calamar

Tenía que inventarme un relato, las hojas que comencé todavía recogen polvo en mi sótano. Escribí sobre un calamar. Me inventé un calamar y le vestí de mi ropa. Yo me quedé desnudo en la habitación. Al calamar le envié a pasear por la ciudad. Sentado yo en mi silla de madera rojiza, en la mesita de dos cajoncillos (también de madera rojiza), escribía sobre el calamar. Le presté una escafandra que no usaba muy a menudo, para que no se ahogara en la ciudad - en mi ciudad, que habitaba odiosamente. Gracias a mi ropa pudo salirse por fin. Caminaba mi calamar por las calles, alcanzando unos quince metros de los alrededores con sus tentáculos - todo cuanto yo imaginaba como tridimensional. Saben ustedes, es francamente incómodo quedarse desnudo de entre los magníficos armarios de madera que albergan en mi cuarto. Legué a tener frío, pero aún así me sentía en un bosque. Sentía unir mi piel a las cortezas. El escalofrío que me atravesaba devenía en el aire que alimentaba la escafandra de mi calamar, alimentaba a mi calamar, alimentaba al relato que me inventaba sobre un calamar (aunque estoy confuso, ¿fue aire?, porque entonces mi invento acuático...).

El calamar se deslizaba suavemente por las calles. Todo cuanto su perímetro de quince metros alcanzaba le sembraba su mar, el que le hice abandonar para sustituirme a mí. Le dije - "Vas a pasear en un relato inventado sobre vida humana.", (pero no le revelé que iba engañarle en su pecera de quince metros de diámetro). Mi calamar inventado era como los magos, no hablaba con nadie y todo cuanto alcanzaba con sus tentáculos de quince metros devenía agua, agua azul, tan azul que el rojizo de mi cuarto me sonreía en violacio profundo e infernal. Violacio que perecía por mi piel en cosquilleo helado de un bosque descalzo. Yo no sé cómo sucedió que en mi relato vino a meterse un amigo mío. Uno con quien últimamente intento evitar tropezar en conversaciones, que él convertía en discusión. Quizás como mi amigo se contentó al verme desnudo, quiso ahogar a mi calamar, hasta le quiso quitar mi ropa - supongo confundió al pobre calamar conmigo. Se puso a conversar con él, le hizo discutir, le hizo correr por calles que a mi pobre calamar le pedían deslizarse. Pedían, pero mi ser marino no las oía de entre los gritos de mi amigo. Le hizo recoger a sus tentáculos y creerse que la calle que

atravesaban no era un mar, mar tan azul que mi rojizo cuarto hoy sigue recordando. Le hizo parecer un calamar cualquiera que corría por la calle, y cómo chillaba mi amigo, cómo chillaba. Gracias a que no dejé aperturas en la escafandra del calamar, éste, el pobre se limitaba a caminar humanamente. No llegaba a quedarse sordo, me extraña que respirara siquiera. Como mi amigo tuvo compromiso importante quien sabe donde (espero él sí), se dio prisa y dejó por fin mi calamar solo, por la calle. Sí, el calamar lograba caminar con sus tentáculos que apenas ocupaban ni medio metro de sus alrededores. Iba como en cuclillas, a lo alto, apenas veía la calle. Miraba cada vez más a mi amigo alejarse (que al parecer seguía discutiendo solito). Tan alto se volvió mi criatura, que se olvidó de la calle que le hice recorrer. Veía únicamente los chillos e mi amigo, recordaba a mi amigo, y me tuve que inventar un final de mi relato.

Tuve que hablar de un calamar de humanos ojos, no de un ser acuático que camina torpemente, por la calle. Será mejor que no me inventé un final. No quisiera escribir sobre la muerte inoportuna de un calamar que adoraba.

En honor a la discusión de mi amigo escribiré relato nuevo, sobre otro calamar. He de inventar calamar marino, vestido de mi piel desnuda. Le haré respirar el sabor de la madera rojiza en mi cuarto. Le haré escupir los desechos que mi amigo dejó por la calle (al privar mi otro clamar del don mágico de convertir en mar, un mundo humano). Le haré humedecer de nuevo con sus tentáculos las calles disecadas. Espero mi calamar no tenga que inventarse relatos, y escriba sobre un humano. Espero el calamar de mi relato habite a su sótano, y ojeé a sus relatos olvidados, y respire los polvos por historias más interesantes, más líquidas, de criaturas marinas, no de calles disecadas, por palabras.

Nota al pie: Agarrarse con los dedos (de la mano, no importa cual), a una valla de red a cuadrados, sentir su frío, su oxidación, su reparo a que sea atravesada (hacia el otro lado), tirar o empujarla, sentir de verdad a la valla agarrada... Una valla hace saber del placer de la desesperación, conocer las alturas a pisar, de verdad.

Hundir pies en la arena (descalzos, abandonados por los zapatos), en la playa, pisar las piedras cortantes de la playa, o del jardín del pueblo, hace saber del placer de la desesperación, conocer al suelo, verdadero.

Caminar por la carretera en medio de los coches, mientras pego narices en las puertas transparentes de los autobuses urbanos, autobuses bajos. Ver cada piedra del asfalto, cada pegote de aceite, desconocer lo visto allá fuera - ¿coches del siglo pasado, artefactos angulosos?, ¿o coches de hoy, redondeados juguetes de plástico? No sé quiénes son esos que fuman la desesperación. No sé dónde se perdieron las máquinas. Aquellos, hacen saber del placer de incrustar los tornillos, de tensar las tuercas hasta que revienten, hasta sacar las vísceras de la máquina fuera, ver lo que es una máquina, de verdad.

Hay cosillas que no comprendo qué tienen en común. En realidad no tienen nada de semejantes, pero hacen apreciar la desesperación, como se respeta al mar. Como deseo amar, con respeto marino. No comprendo el amor a manera bosque, y no a manera océano. En los bosques se entra, se pisa fondo aún respirando, incluso podríamos cerrar a los ojos. ¿En el agua?

¿Cómo suena un pisotón?

Hay personas que pisotean a otras personas. Estas otras personas acaban con demasiadas marcas por todo su cuerpo. Han sido pisoteados durante años, decenas de

años. A las primeras les apetece pisotear de nuevo, las segundas estallan, se hipersensibilizan al igual que los detectores de mentira, en detectores de pisadas. Se irritan de repente, los nervios y circuitos eléctricos de sus máquinas reaccionan al instante. Cada pisada de más resuena en el gong de millón ecos en su ser. La resonancia aparentemente musical se imprime, sale estampada en su radiografía, diagrama de la máquina de la verdad, del detector de mentiras - nervios afinados que tallan las mejores radiografías de pisoteo constante.

Los hay también comunidades de pueblos enteros que acaban siendo detectores de pisoteos. Los pisoteados quizá resulten desagradables, inhóspitos, hasta dan miedo a otras comunidades a causa de las reacciones radiográficas que dispersan.

Ni tampoco hay que irse a lo lejos, generalizar en comunidades. Hay pisoteados hasta por los amigos. Quizá sean pisadas con tacones femeninos aquellos - recordemos cuando se nos ha clavado alguna señora su taconcillo de un centímetro cuadrado de zapato elegante. Multiplicándolo por el peso de la señora, recordarán la tonelada que acababa perforando vuestro pié, en medio de autobús ahogado en viajeros. Con ello estimo se pueden imaginar hasta donde llegan los pisoteos de los amigos, y sobre todo la inmediatez en la que recorren en su hormigueo todo el cuerpo. Muchos de estos, segundos pisoteados, acaban en la radiografía del difunto, la línea seguida y plana del silencio. La máquina deja de medir las pisadas, deja de detectar. Un detector de mentiras no usado, en reposo, dejado en paz por los millón funcionarios. Contemplando por fin el polvo que caía por su superficie. No está rascado ya por manos pulidas, lisas, que cualquiera confundiría con guantes de plástico.

Existen también las presas hidráulicas, enormes, de hierro (o quien sabe de qué). Máquinas monstruosas confieso, ni pisotean, aplastan. Al juntarse sus dos planchas exquisitamente planas y pesadas, por la presión los cuerpos entre medias ni crujen. Tan sólo la parte más sensible desprende un chillido infernal. Los sentidos humanos silbando con silbatos de perro. Los aplastados suelen recurrir a sus sentidos para sobrevivir, sobre todo oídos, olfato, vista, tacto, y muy a menudo se olvidan los desgraciados de usar el lenguaje. Pobres perros, ni saben hablar, ladran en gritos - arh, arh, arh... Los inteligentes pisodotes interpretan su comunicado en algo como “art”, “artist”... en ocasiones, aunque luego dicho término trascienda entre otros pisoteados. Toda una era de evoluciones en detectores mestizos de mentira y en presas hidráulicas, mestizas. Los chillos de silbato de perro (tanto mestizos, como no), llegan a ser oídos por otros perros, que también acaban en la guillotina de las presas hidráulicas. Pobres perros, ¿qué desgracia los llevó a servir de mejor amigo al hombre?

Amistades peligrosas que aplastan. Amistades que acaban por perecer en los perros, haciéndoles confiar únicamente en su propio ladrido, y tan sólo el ladrar de otros perros - arh, arh, arh - ese quizá sea el sonido que desprende un pisotón. Tal vez todo empezó por unas personas que pisoteaban a otras. ¿Quién sabrá? No hay perros que hablen todavía, sólo oyen, saborean, miran, olfatean... ¡Perros, pobres perros!

Nota al pie: A mitad del atardecer, las palomas semejan murciélagos. Se estremecen y vuelan caóticas por encima de las casas, un pueblo, los tejados idénticos, recuerdan a la variedad de vecinos de pueblo donde viví hará un tiempo, hasta recuerdo el olor de vacas. ¿Por qué será que las palomas huelen a excremento? ¿O serán los murciélagos? La noche lo iguala todo, lo eleva todo, volando, hasta el olor de vacas atraviesa miles de kilómetros, volviendo a curiosear por mi olfato.

Al margen de la corriente

Imagínese usted que existen esculturas que una vez quisieron pintar. Estatua monumental, todo un coloso reposando sobre sus talones, contempla los árboles en lo nocturno del parque, un día de verano. Ni una hoja tiembla, hojas del gris de la piedra del coloso. Imagínese que con el amanecer lo monumental de la estatua por fin descubre al bosque movedizo, el viento bosteza, descubre la existencia propia, inmóvil. Descubre que creía ver una pintura, vivir un cuadro. Imagínese que la estatua inspiró su primer deseo de recrear un parque congelado, llegar a conocer su inmovilidad. Congelada, intentaba oír al viento que la despertó, intentaba pintar el color de la caliza, su caliza, de sus entrañas, de estatua.

Imagínese que las calizas oyen a los vientos ansiados, los que sorprenden en cada palpar, nuevo. Nacen con cada mirada, como el niño mirando su soldadito de plomo, como el gato siguiendo con su mirada cualquier insecto por el suelo. El viento no cesa, corre, en presente. Las calizas oyen a los vientos que susurran, oyen lo nunca imaginado, oyen el silencio, como todo compositor sordo vagando a la calma sinfónica, del silencio. Oyén a los vientos que soplan fuerte, enfurecidos, palpitan las hojitas de los arbustos ante los silbidos invisibles, matices en millón colores. Oyén a los vientos en reposo, que anuncian su olvido, y su ida, a su despertar, helando las hojas de un parque. recortan a un instante de vida vegetal, vibración inagotable.

¿Se imagina usted a las calizas sin el viento? ¿Se imagina a calizas nunca desgastadas por aguas arrancadas de los vientos? ¿Se imagina a calizas que no envejecen, a estatuas que no descansan en los ataúdes del restaurador? ¿Restauradores de pinturas? ¿O matadores que immortalizan? ¿Asesinan a los vientos? ¿Imaginaría usted muerto al viento? Muerto, el soplo en los instrumentos de viento, los únicos que simulan conversación verdadera por los sobrios bares de jazz... y no menos por la soleada faz del escenario, elegantes. Las flautas recuerdan los jardines verdosos, o a los monólogos que recordamos confusos. Viento que mueve las flores alcanzando con su barrita mágica los hilos de la vida, de la flor, existe, se mueve. Viento gracias al que las olas perviven bajo tejidos oceánicos, infinitos. ¿Y el viento que cosquillea la piel recordando que como las aguas vivimos en el mundo real, más que en el líquido? El viento que encendió la primera llama primitiva, o la apagó. ¿Y la brisa del viento al cruzarnos con alguien de especie semejante por las ciudades, haciéndonos creer que no estamos solos en un mundo acuático? ¿Y la lluvia de hojas en otoño, existirían los alérgicos si el viento no nos ayudara diferenciarlos, contagiando toda atmósfera de polen? Viento que hace balancear los cables eléctricos, los columpios de pájaros que inspirarían no a un poeta. Viento que hace amanecer dibujos de entre humo de cigarrillo recién encendido, o tirado, o ya apagado... o el humo de la chimenea ahogando la casa. Viento que arrastra los desechos acumulados por las esquinas de las calles hacia el medio, gracias a lo que podemos contemplar las cosillas que habitan las periferias de los callejones, del pueblo que creemos habitar. ¿Y los vientos que de entre los escapes de aire por la calle, casualmente levantan las faldas de señoritas descuidadas, alegrando las miradas masculinas? Viento que hace que las aguas de las fuentes públicas acabe descansando en mil gotitas invisibles sobre la piel de los turistas, tanto los de visita como los permanentes. Despertar ligeramente frío y desagradable, recordando lo ajeno de las fuentes públicas. Viento que hace levantar banderas, el que movió vestidos de libertad

en cuadros de Delacroix. Viento que mueve los cabellos de las personas amadas, brisa oceánica que hace palpar su rostro, no como de las muñecas de porcelana, envueltas en paños, fingen ocultarse del sol, evitan quemaduras. Viento que se desliza por las afueras de las cabañas en las que permanecemos aun cálidos. Rumorea como la carretera a mediana lejanía, recuerda que estamos a salvo, dentro de una cabaña. Viento furioso arrastrando únicamente las paredes exteriores llamando con silbido de engaño en las ventanas. Viento que hizo que tantas semillas puedan encontrar hogar nuevo, hogar deviniendo en bosques que puede que tengamos la suerte de encontrarnos en ocasiones.

Imagínese usted una pintura, imagine oír al viento. Imagine ser estatua, no un coloso, ser caliza, no monumental. ¿Podrá imaginar pintar? ¿Pintará? ¿Verá a la pintura? ¿Soplará?

Nota al pie: ¿De cuántas horas es el día de cada persona? ¿Qué es un día? - ¿La constancia con la que van surgiendo los pensamientos? ¿O la clase de pensamientos que amanecen?

Opinión

No quiero evidencias.
 No quiero formas.
 No quiero al sol blanco.
 No quiero al sol lúcido.
 No quiero al sol arena.
 No quiero al sol del día.
 No quiero a los contornos relucir.
 No quiero al diablo invertir.
 No quiero sombras.
 No quiero brillos.
 No quiero a lo opaco de la materia.
 No quiero a lo transparente, lo aéreo.
 No quiero a los colores, son todos falsos.
 No quiero a lo incoloro, está descalzo.
 No quiero ver lo que ayer fue mío.
 No quiero ver lo que amanecía.
 No quiero a lo que en otros días recordaba.
 No quiero lo que hoy me enseñaban.
 No quiero a lo negro de la noche, la mañana.
 No quiero hallar mis ojos en los de enfrente.
 No quiero nunca estar resplandeciente.
 No quiero que el prójimo a mi misma me recuerde.
 No quiero que el prójimo en mí invente lo vivido.
 No quiero escuchar al prójimo quien no me gusta.
 No quiero resonar su voz desde mi juicio.
 Sí quiero acabar queriendo nada.
 Sí quiero el silencio ya olvidado.
 Sí quiero escuchar quien nada dice.

Sí quiero contemplar la voz de su ausencia.
 Sí quiero no saber cuanto se dijo por entonces.
 Sí quiero recordar la voz de la postura, su contorno.
 Sí quiero no hablar ya más, callarme.
 Sí quiero conversar en voz tragada, inalcanzable.
 Siempre quise a lo que estaba a punto de alcanzar.
 Siempre quise que no amanezca, que no anochezca.
 Siempre quise no haber estado y estar en un futuro.
 Siempre quise permanecer en el instante, éste mismo.
 Siempre quise no pisar donde debí hacerlo en juicio.
 Siempre quise no oír, no ver, no palpar.
 Siempre quise desde la nada rebuscar.
 ¿Dónde estaba?
 No quiero recordar la nada, no la quiero.
 No busco ya la nada, espero recordar.
 No siento ya la nada, espero recordar.
 No tiento encontrarla, espero recordar.

Nota al pie: Entro en la facultad, con mis asuntos, los pensamientos de no estar donde debo, de no caminar donde debo, estoy fuera... estoy bien, feliz. A la entrada me encuentro con una chica que hace propaganda de cierto banco. Me pregunta por mi edad (a qué viene no sé), yo estaba fuera de todo, no sabía qué decir. Empecé “veinte y...”, qué burradas, cumplo veinte el mes que viene, le dije veinte en fin. Ella dijo que era pregunta sencilla (quizá lo haya pensado yo más de lo devenido, ya saben, por las leyes de existencia etc.), no lo entiendo, ¿era pregunta sencilla?, no estaba donde debí, no supe responderla, la mentí además, con un mes de más... Un mes es mucho tiempo, ¿con que era pregunta sencilla?

“Uno - (voz de entre paréntesis)
 Dos - (voz de narración)”

Uno - Será que los ancianos no hablan, no llevan conversación. Solamente dicen cosas.
 Sencillamente pronuncian.
 Dos - ¿Qué ancianos?
 Uno - De las esquinas.
 Dos - ¿Qué esquinas?
 Uno - De los colores.
 Dos - ¿Qué colores?
 Uno - Los del texto de hoy.
 Dos - ¿Qué texto?
 Uno - El que dibujaba por la calle.
 Dos - ¿Qué texto?
 Uno - El olvidado.
 Dos - ¿Lo olvidado acerca de qué?
 Uno - Decía del agua y del aceite, que son del mismo reflejo sobre las superficies metálicas.
 Dos - ¿Por qué lo decía?
 Uno - Son agua y aceite.
 Dos - Van solos...

- Uno - Agua y aceite.
 Dos - Y yo me senté donde no se podía.
 Uno - Vas sola.
 Dos - No, recordaba la paloma que se comía lo vomitado en la esquina de la calle frente el museo.
 Uno - ¿En qué texto?
 Dos - No tenía color.
 Uno - ¿Qué texto?
 Dos - Ninguno, era la paloma.
 Uno - Ver palomas acelerando el paso frente multitud de peatones, tratando estas de atravesar la cera es hermoso. Su manera de caminar es curiosa.
 Dos - ¿Yendo por lo vomitado?
 Uno - No.
 Dos - ¿A por qué?
 Uno - ¿Por colores?
 Dos - ¿Por aceite y agua?
 Uno - ¿Por la paloma?
 Dos - El día de hoy aun no ha acabado...
 --
 Uno - Ya casi se acaba.
 Dos - ¿El día?
 Uno - Los colores de hoy. Las palomas de hoy.
 Dos - ¿El diario de conversaciones?
 Uno - Sí, estoy sentada donde debía...
 Dos - Vas sola.
 Uno - Sí, estoy recordando la rata que mataron los niños bajo mi ventana el otro día.
 Dos - ¿Eran niños?
 Uno - Decían era asquerosa, mientras le partían el cráneo con una piedra (quizá fueran dos piedras).
 Dos - ¿Eran niños?
 Uno - No me asomé. Les oía. Estoy recordando la rata. Era grande. Seguramente era fea. Sí, debió de ser muy fea.
 Dos - ¿Pero, eran niños?
 Uno - Todos ellos, voz de anuncios televisivos.
 Dos - Sí, tienes sueño.
 Uno - No, únicamente deseo dormir.
 Dos - Al apagar la televisión, la pantalla guarda la imagen última durante un rato, a oscuras...
 Uno - No, deseo dormir. Al menos lo intentaría.

Solitarios

(Es anunciado un discurso cómico, por su señoría el ilógico, nacido en los pueblos de lo cálido, pero perdido en los hielos - lo presumido de las nieves. Las mismas recordadas de entre todos los aquí presentes).

Recuerdo señores que vi no hace mucho una película con Marilyn Monroe (que no viene al caso, pero he de mencionarla como siempre). De lo que trato pues, el hombre de tal película, el protagonista, despedía a su mujer y a su hijo de vacaciones, y por consiguiente se quedaba solo en la casa. Resulta que echaba de menos el conversar con personas, para lo que se creó la imagen de su mujer, la que iba reprochándole de todo, manteniendo la supuesta conversación. Más tarde, él conoce a la vecina, quien a su vez comienza a tomar parte en las imaginadas conversaciones futuras, aunque no tanto las conversaciones le preocupaban a nuestro protagonista.

Unas horas tras haber visto la película (igualmente me creerán ustedes loco), me daba cuenta que yo solía hacer lo mismo mi vida enterita. Hasta en la infancia llegué a verme, creando mis personajillos imaginarios, ¿o era igualmente yo mismo, quién sabe? Lo que contaba, escogía a algún conocido, y al quedarme solo, o mientras me dormía, me montaba toda una serie de conversaciones y discursos (de entre los que no pocas deducciones he intentado anotar, o asuntos que me acababa aclarando, quizá lo llamen pensamientos). El problema señores viene (siempre ha de haber problemas), cuando uno no ha conocido alguien que pueda rehusar en sus discusiones imaginarias, hasta los personajes de las películas no sirven de rescate en tales casos. Al respecto - no pocos artistas nos han sugerido que quizá aquello sea lo mejor, el no encontrar con quien conversar (aunque supongo se referirían a conversaciones de verdad). Y quizá por ello mismo, tantos artistas son denominados como tales por haber llegado a encontrar su amigo con quien dialogar en notas, lienzos, dibujos, piedras y semejantes artefactos extraños de conversación. Al igual que vemos tantos ancianos solitarios por la calle, acompañados por sus perritos a todas partes, colgando de sus cuerdas, tantos otros pintores curiosos de ver cargan con sus caballetes y bastidores. También están los músicos molestando y estorbando en el metro con sus enormes violonchelos. Otros escribiendo por allí, como que haciéndose el interesante - que finge hacer algo en medio de la multitud que va corriendo al trabajo.

Nota al pie: Me pregunto por qué me ofrecen los folletos de propaganda si llevo las manos en los bolsillos. Además me dicen “¡Gracias!”- yo no los cojo, no puedo, llevo las manos en los bolsillos. Sin embargo me sonríen, hay quienes rien... tantos agradecimientos en vano. Me pregunto cómo me mirarían a mis espaldas. Quizá es de agradecer que no suelo tornar la mirada.

Lluvia

Olor a lluvia,
 salpica los colores amargados.
 Olor a lluvia me hace regresar,
 reencontrar en los diluvios camino.
 Olor a lluvia recuerda el lugar de donde procedía - cualquiera
 olor estrella, el cielo oscurece, mis ojos duermen,
 olor tormenta, las tierras se remueven, mis pies se hielan.
 Millones de gotitas en inútil aterrizan en mi piel,
 millones de recortes se adentran en mí ser, despierta.

Millones, mariposas acomodan sobre mí colores,
 millones de arañes fingen, respirados.
 Olor a lluvia,
 el frío amanece con un recuerdo, añorado.
 Olor a lluvia a días anteriores me recuerda, lloro en vano,
 olor a secas, tan sólo agua saben mis sentidos,
 olor a luz nocturna, tan blanquecina que apaga.

Nota al pie: Quisiera imaginarme a un poblado con personas que no hablen, no chillen, no rían, no griten, no gruñen, no lloren, no susurren siquiera, tan sólo silban... Nadie diría nada, ni palabra. Hasta el silbido duraría poco. Será el pueblo de cansados, poblado por cansancio, de lo narrado. Quisiera imaginar silbidos casuales y sin aparición innecesaria.

¡Su saldo está agotado, recárguelo antes del día...!

Cansancio de multitudes, acumulación obesa
 cansancio, de calles, luces, letras sin sentido gritan tras ventanales líquidos
 cansancio de variedades, ¿o era la monotonía, multitud?
 cansancio de sequedad, de consumación en la lujuria
 cansancio de focos apuntando como espadas al acusado, al culpable
 cansancio de opiniones, de raíces largas agarrando incertidumbre tan ajena
 cansancio de lo grotesco, de gracia incierta tras risas, camuflada
 cansancio de la señal, de flechas mil que amenazan
 cansancio en el juzgar ya demasiado aprendido, tan crédulo que va tallando
 [mundos
 cansancio de los pilares, que cada vez más hacia el cielo por puertas sucias,
 [traseras se acercan
 cansancio de los millares que en lo inmoral, originalidad defienden.
 Cansancio diré, y silenciaré mi voz, no voy a deprimirme,
 aunque es cierto que en esta pésima opción, es donde todavía fuerza mía hierve.

Nota al pie: Ya que hay crimen organizado, supongamos que podemos ocuparnos del caos organizado.

Buitres

¡Dejadme Buitres, alejaros!
 ¡Dejad de escupir mi nombre
 de entre los filos subterráneos
 de entre los hilos, ciegas suertes
 de entre los pozos de paredes frías!
 ¡Dejad de sacudir en látigos
 con plumas arrancadas de unicornio muriendo!
 ¡Dejad de esparcir los cuentos que me creía en verdades!
 Cuando el sol arrástralos miedoso de hundirse,
 murmuran de auroras falsas

y tardes lúcidas, hervir despierto,
 murmuran de las noches plata
 y brillan más que fuegos fieras.
 ¡Alejaros de mis huellas!
 ¡Dejaros de pulir talones
 que siempre romperán arenas
 que siempre abrirán cadenas
 que siempre me susurran a ciegas!
 ¡Dejadme Buitres, alejaros!
 Parecéis ya fantomes
 ¡bailan!
 junto a brujas, en los carros del infierno.
 Pero desde los galopes vuestros, tan podridos
 en los alientos vuestros, a muerte saben
 en ojos vuestros, de odio, de la venganza
 en el plumaje de la esperanza ahorcada...
 me llama voz del ángel trueno, el más maligno, el mío.
 Me llama vuestro sol de tumbas, de bosques grises, de penumbras.
 Me llama vuestro master, asesina.
 Es el ángel de lo descolorido
 quien odio en vuestro ser inspira.
 El ángel de la plata, de los lirios
 que lunas en la noche son suspiro suyo.
 Me llama y mi nombre en sus alas rotas reencarna.
 Me llama y mis ojos son los que a su camino aclaran.
 Me llama y mi huella es la que sus garras arañan.
 Me llama, eco de mirada suya yo respiro.
 Mirada desde sombras del árbol miga
 mirada desde escombros del buitre guía.

Nota al pie: Las catedrales son dominio de las palomas. ¿Las personas, qué pintan por sus interiores? Reino pájaro. Reino pluma.

Por un trago

Un trago más amigo mío
 por callejones recordados.
 Un trago,
 por nocturnas calles
 por faros escondidos, niebla
 por playas que aun recuerdan
 por bancos que aun calientan.
 Por sucios rincones apartados
 bajo las escaleras, grietas
 donde no un barco de vapor, de gaviotas
 se adentraba en las aguas quietas.

Un trago por los barrios desiertos
 por donde niños nos llamaban,
 un trago por el sol tranquilo
 que al espantapájaros rozaba.
 ¿Recuerdas todavía al anciano
 que desde su silla siempre sonrió?
 ¿Recuerdas todavía al gato raro
 que el vecino nunca encontró?
 ¿Recuerdas todavía al coche blanco
 donde no un dibujo arañaba?
 ¿Recuerdas todavía al árbol negro
 al riachuelo sobre cual colgaba?
 Un trago más amigo mío
 por bares sobrios que acogían.
 Un trago, el de una foto
 de cuadros escondidos, de retratos,
 que aun a las paredes sostenían
 que en los ojos nuestros derretían.
 Un trago por el carro roto
 que en mis puertas encontrabas.
 Un trago por antiguos libros
 en los que música aun sonaba.
 Por viejas casas yo suspiro,
 espero acabar el puro,
 y ojalá en otros fríos,
 devuelvas me por estos muros.
 Reacuérdame, a aquellos ratos
 con un trago más amigo mío.
 Reacuérdame, con la memoria
 con el latido de otros días.

Nota al pie: Hay olores ocultos en el aire de autobús por la mañana, que no se perciben del todo. Los viajeros duermen. Es la primera vez que viajé en autobús. Me desperté en la madrugada negra. Despertando en la noche que amanece, vivo viajando. Estaba con personas dormidas, al pensar con los ojos abiertos en el metro son iguales, dormidos, de cabezas inmóviles, sus ojos no parpadean, no sé si están muertos, si duermen, si están pensativos. No comprendo por qué los conductores escuchan la radio por la mañana, en los autobuses. ¿Para despertar ellos? ¿Para matar a los ojos que amanecen? ¿Para asustar a la lluvia que dibujaba por los cristales? ¿Para dar noticia, que el mundo nos informe a que sobrevivimos? No comprendo a los conductores, ni la lluvia. ¿Por qué tendrá paradas?

Sobre el baile. Sobre pintar, al tablero, sobrio.

En el rinconcito a la izquierda presenciamos el humedecer de la superficie del tablero.
 Pista de hielo, resbala, se hiela, los bailarines, los patinadores caen...
 El pincel salpica, la brocha, y se derrumban desde el borde de la madera.

Capa primera de ocre y negro, brilla bajo bombilla casera, cálida, ilumina, camufla a la oscuridad. Camina por la superficie, camina por la pintura, patina por el agua aun jugosa, resbala, cae por el borde de la madera.

Pista de hielo, patinadores rayando y rayando, un cosmos, melodía lineal desde el centro, círculos y mas círculos de notas. Notas que escapan al teclado, pentagrama, al pentagrama terco, hexagrama pícaro, eptagrama... dibujan notas, sus patines acarician, siguen dibujando por el hielo.

¡Ya viene, ya viene, esconderos! La máquina de hielo va puliendo la superficie, pero los trazos quedan, grietas, hielo herido, hielo, la máquina de velo amenaza, recrea telarañas enterradas...

En el rinconcito a la izquierda del salón presenciamos el humedecer de la superficie del tablero, segundo... otro más, idéntico.

Pista de hielo, resbala pero recuerda a los dibujos, los patines rectifican, desdibujan, piruetas mil esparcidas por el aire... el hielo salpicado por las parábolas en el espacio. Cae la madera resbalosa, cubre nuevos dibujos, telarañas, una capa segunda cae, capa telaraña, el bailarín confunde la dirección.

Veladura segunda sobre el tablero, manchas convergentes en dibujos. Los rastros que dejaban los pelos gastados de la brocha, persiguen la araña, persiguen a la pirueta, llaman al bailarín. Pero el pincel cae por el borde de la madera.

El pincel cae por el borde de hielo.

El pincel hiela.

Capa tercera del eptagrama, del hexagrama, pentagrama, desdibuja a la pirueta, rectifica, otra veladura de más. Parecen definir los trazados dibujadas por los patinadores... pero el pincel cae. Otra máquina vuelve a pulir la pista. La telaraña sigue tejiendo la pirueta. El aire salpica al hielo, en dibujos, pero... por el borde de los hielos, derrumban.

Nota al pie: ¿Se repiten los cantos de los pájaros, u oigo mal?

¿No sé escuchar quizá, o se me ha olvidado?

¿Por qué los niños suelen decir “no quiero”?

¿Quizá los sueños no se hacen realidad?

Una mujer de pueblo olvidado decía del sueño del niño... Decía que siendo irreal, siendo imaginario, siendo ficticio, decía que sin importar aquello se convertía en realidad. Lo imaginado en certezas devenía en futuras horas. Lo irreal y verdadero corrían por trazados semejantes. El sueño del niño “cosmonauta” venía ser verdad. ¿Será cierto aquello?

El sueño de un niño cualquiera que imagina.

Un niño imagina y su vida es como sueño

un niño sueña y su vida pervive en imaginar futuros.

El niño crece, pero el niño imagina soñando con vida futura
ya no vive, sólo imagina.

Un niño sigue creciendo, viendo que el sueño nunca llega
pero sigue confiando en lo imaginado
su esperanza sigue susurrando.

El niño crece aun más,
 empieza a desconfiar de cuanto imagina,
 pero el sueño sigue siendo sueño,
 no le queda más,
 imagina,
 sueña desconfiado de todo.
 No posee más que la imaginación
 no ve la vida, no le interesa
 sueña con la vida esperada.
 Un niño ha crecido, todavía no lo sabe
 está preocupado por el sueño
 su imaginar es el único verdad, vida.
 El niño ha crecido, su vida es un sueño
 su vida imaginaba
 pero el niño sigue esperando a realizar su sueño.
 Un anciano ha vivido, su sueño es la vida
 imaginaba los días que tuvo
 pero el niño sigue esperando a realizar su sueño.

Nota al pie: La mayoría soñamos al cerrar los párpados. ¿Los ciegos?
 ¿Dormimos al taparnos los ojos? ¿Y la mayoría?

De compras

El señor del gorro negro preguntó: Cuando nos fijamos en cuanto nos ocurre a diario...
 ¿en qué nos fijamos de lo que nos ocurre a diario?

Tras breve paseo por la terraza siguió preocupado por los dilemas que a nadie le interesaban.

“Supongo me ocurren cosas, pero por ser de esas cosas que pasan día a día no las veo.
 Sin embargo me fijo con mirada símil a la tonta en un escarabajo muerto o silla tirada
 por los cubos de basura por la calle.

Un amigo mío, un señor de zapatos azules, se fija en las cosas que ocurren, las que
 pasan. Al repetírmelas con su peculiar entusiasmo, yo me pregunto - ¿Pero es que
 realmente tenía tanta gracia aquello? Acabo creyendo convertirme en más insensible de
 lo que ya era, el que mira escarabajos muertos sin sentido (antes al menos me limitaba a
 los que vuelan). Me pregunto cuando pasaba al lado de una silla tirada donde el
 contenedor de basura, pensando en la forma que adoptaba ésta (diciéndole a mi amigo
 que iba a comprar peras), si lo ocurrido en ese día fue la manera en la que le dije que iba
 a por la compra (de peras), o fue la observación a una silla que yo me creía reencarnar
 en algún tipo de pintura, boceto o poema insignificante... Diciéndolo ahora sin embargo
 dudo de aquellas peras que compré, y la silla probablemente esté desecha en algún
 contenedor sucio. Parece que mi mirada (de cuando caminaba por la cera) fue de igual
 existencia sin sentido que la silla tirada existía, sin sentido. Eso sí, existíamos, ¡espero!
 Luego resulta que las peras que me alimentaron a mí y unos cuantos más tuvieron la
 misma utilidad alimenticia, que el vago comentario de mi amigo (de zapatos azules)

acerca la compra. Ciertamente todavía sigo interrogándome de lo que trataba... ¿Quizá mientras miraba la silla me preguntaba entorno su comentario? De lo que estoy seguro es que permanezco en la duda. ¿Quizá siquiera había pasado por la cera?

No sé qué debería de ser lo ocurrido entre lo que recuerdo de aquella mañana, en la que pasaba al lado de una silla tirada y mi escarabajo muerto, hablando de la compra que iba a realizar.”

Nota al pie: Los gorrones en Sofia son más veloces, despiertos y ágiles que los que veo en Madrid. Se mueven mirando más vivamente y saltan con más firmeza. Las palomas también son más fieras, se pelean con los gorrones y les roban la comida. Aunque aquí suelo seguirlos en su vuelo, o por las ramas, no frecuentan tanto el suelo (a los que veo yo al menos). Aún así cualquier color de gorrión es de lo más hermoso que se pueda ver en la ciudad, una cualquiera.

P.D. Hará unos días, vi gorrones feroces, despiertos y un tanto flacos también en Madrid. Será el invierno quizá.

Las fotografías en blanco y negro no pretenden pasar por otra cosa que fotografía.
¿Las de color?

El humo de un barco de vapor se eleva sobre el paisaje de ciudad oscura, deteriorada, negra, blanco y negro, negrura nos sacude. Imaginemos al humo que se está elevando ahora, no del que acabo de contar sino del barco... Un pintor pinta el humo en sí mismo, el de ahora. El humo se detiene, el pintor pinta el humo, no el paisaje de edificios negros, negroides, blanco y negro de ciudad. El pintor mueve el mundo entero entorno el humo. El pintor permanece estático, la ciudad gira entorno suyo, el blanco y negro giran, paisaje gris de ciudad negroide. El pintor está viajando en tren. Pasa otro tren a su lado, en la otra vía. No, el otro tren no pasa, el pintor se cree estático, se cree que su tren no se mueve, se cree que el humo no se eleva. El humo del barco de vapor se queda quieto, el pintor lo ha llevado a su lienzo. No, el pintor se engaña. La tela sigue siendo gris y el humo sigue elevando blanco y negro, negroide.

Nota al pie: De quien no fue flor, una flor carece de ojos - las flores son de pinta desagradable, ¿a quién engañaría una flor con su color alegre, que el mundo no es gris? - de quien no fue flor.

Adorno de jarrones o ropa elegante, de su clase - la flor, carece de ojos.

En el parque estorban con bella presencia al bosque verdoso. Sí, el bosque deviene en feo parecer, esperando la casual mirada del hombre. Advierte a uno no ser flor, pero los humanos poseen miradas casuales.

Al igual que los mendigos viven tranquilos sin llamar la atención, no, no los ojos del hombre, lo verde del bosque es quien pasa desapercibido. Cada árbol es un ojo y cada hoja es color, de la gama de matices inadvertidos. Nadie arranca las hierbas para adornar a las casas sin humor, humano.

¿Por qué no se las quiere a las flores por lo que son - tallo finito con hojitas colgando?

Limpieza callejera

Una compañera de intercambio con los EEUU me contaba acerca la limpieza callejera de su estado. Me decía de su verano en el que estaba trabajando - al ir cada vez al trabajo pasaba por la misma cera. Se había encontrado un día a pájaro muerto por el camino. Dentro de semana al pájaro le invadían toda especie de bichos. Otra semana más y empezaba a secarse. Tras varias de más, comenzaban a quedar plumaje y piel a la vista... pasado más de mes, o dos, seguían tan sólo los huesos del ave.

Si se tiraban residuos por su aldea, nadie se molestaba en recogerlas (nadie del ayuntamiento supongamos).

Una amiga de clase a su vez me suele contar de sus preocupaciones artísticas, de lo que hemos leído, de cuanto perseguimos, de en cuanto no nos deberíamos de fiar. Francamente comparto cuanto comentamos, como si fuese yo misma. Parece que en temporadas hasta pensamos lo mismo, sin embargo mucho más a menudo me pregunto acerca de qué hablábamos. Dudo realmente que pensara lo que ella. Dedicamos paseos de horas hablando de metas que intentamos conseguir pintando, esculpiendo, dibujando, o lo que sentimos, pero sólo a sensaciones nos referimos, y yo me vuelvo a preguntar acerca de qué demonios hablábamos. Mientras, pensé en la otra compañera, que ciertamente no me refiere nada sobre lo que comentar o razonar, en fin, no opino acerca suyo, pero sí vuelvo a recordar al pájaro que se secaba, y se secaba... Hasta confío que sus cenizas siguen tendidas en la cera, en su cera.

Todo esto venía a preguntarse acerca los conocidos con los que no nos hablamos, los amigos con los que no nos hablamos mucho, acerca los amigos con los que nos lo decimos todo. A su vez interrogarme acerca las obras de arte que me maravillan (a prima vista, impresionantes), acerca las obras de arte de las que prefiero no hablar todavía, acerca de las obras de arte que me interesan profundamente, pero me contaron de hasta el pigmento usado por el pintor (si fuera cuadro, o no).

Quizá estar en medio de presente puente (de los de cuerda) sea el único lugar donde uno balancea desconociendo casi por completo lo que ocurre bajo sus pies. ¿O era encima de sus hombros?

Nota al pie: Me pregunto por qué si veo palomas muertas por la ciudad (me encontré una, bien alimentada), están perfectamente adosadas a las paredes de los bares, paralelamente adosadas. ¿Por qué los pájaros muertos han de estar simétricos a las paredes viejas? Me pregunto a quién se le habrá ocurrido colocarla de tal manera. ¿La colocó alguien?

¿Qué fue?

¿Qué es una ciudad?

¿Las personas que la habitan?

¿Los acontecimientos artísticos?

¿Sus edificios?

¿Las calles nocturnas?
 ¿Y las de días festivos?
 ¿El reflejo de un país?
 ¿La historia de un país?
 ¿Construcciones, civilización, decadencia, avances?
 ¿Las plantas que todavía conserva?
 ¿Los parques?
 ¿Los restaurantes, o sus mercados?
 ¿Sus escasos museos, o los que abundan?
 ¿Las nieblas de humo que la cubren?
 ¿Los anuncios que cuelgan por las calles?
 ¿Los basureros por los barrios?
 ¿Los animales que todavía no la habitan,
 o los que la abandonaron?
 ¿Qué es una pintura?
 ¿Y un dibujo?

Nota al pie: Me pregunto por qué he de ver a todos los zapatos que miro por la calle. Por qué he de dibujar interiores humanos en clase (tengo que dibujarlos, para clase). Por qué he de hacer historia de las caras de la gente, clasificar. No tengo porque fijarme en todos, no hago listas de personas, yo no gusto todas las personas, no todos los zapatos me cuentan cosas. Las tiendas de zapatos no dicen nada, venden tan sólo zapatos. Me pregunto por qué dibujar una cara se convierte en estadística de tiendas, en proyecto de investigación de comercio, en diccionario de modelos de calzado. Me pregunto por qué he de esforzarme en comprender la ropa de los estudiantes por ciudad universitaria, yo no comprendo los colores, no entiendo de qué hablan. Se sale del metro y se oye ruido únicamente, se oyen voces, se escuchan estudios importantes... no viviría en casa con temas importantes, no respiraría con personas importantes. ¿Por qué se respira cuando no se tiene que respirar? ¿Por qué no se habla sólo cuando se tiene algo que decir?

Boceto de interiores

Pensemos en la mano anciana, esquelética, en sus articulaciones...

Pensemos en los tornillos y tuercas del organismo máquina, tornillos y tuercas. Tornillos y tuercas susurran en tic-tac, tic-tac. Atraviesan, sucios, en aceite deslizan su movimiento, se oxidan, tornillos y tuercas son los que ansían envejecer. Se atascan, no giran, el acero oxidado suena, tic-tac, tic-tac...

Pensemos en un momento, un tic-tac, cuando despertamos. Nos estiramos y suenan, sí, suenan otra más, otra de más, crujen todos nuestros hierros, atraviesan la columna vertebral. Nos estiramos decididos entre soldaduras, viejas, renovadas, rotas, nos tensamos y el crujir del esqueleto nos despierta. Respiramos por fin, inspiramos, expiramos, inspiramos, tic-tac, tic-tac...

Pensemos en la mano esquelética, es toda tierra, fue agua, una vez, ya no, parada, plana, para agarrarse, incrustarse fuerte sin mover ni un huesudo dedo. Se agarra para siempre, se apoya para siempre. Sus venas laten, arterias, hilos conductores de aceite, recorren toda superficie, tierra. Se entrelazan, uñas postizas mordisquean la piel, tic-tac.

Giran tornillos y tuercas, descomponen al esqueleto, tornillos y tuercas nos hablan de... Nos agarramos una vez más, nos apoyamos en la mano esquelética, anciana, toda de articulaciones, crujir, crepúsculo, corteza, carnívora, carne, corre, cruje, carga de pieles, cuelga de un carro, otro combate más, otro comedor, cruje, tic-tac, tic-tac...

Nota al pie: Las cuestas, al estar subiéndolas disminuyen los pasos, se camina más lento. El suelo está más cerca y por fin contemplamos la variedad de pequeñas ramitas y piedritas del alrededor. ¿Si bajamos?

Sobre lo tuyo

Enciérrate, en celdas inhabitadas
con llave silenciosa cierra puertas que no sienten,
enciérrate en agujeros inalcanzables,
la llave silenciosa tira lejos, lejos, a lo más lejos tira, ¿ves?

Enciérrate, en los desvanes que imaginan
tras puertas tan pesadas esconde huella, voz,
enciérrate en los crepúsculos que en ti respiran
tras puertas tan espesas atrapa tus miradas, luz.

Encierra con la llave silenciosa
a todo cuanto fuera de la puertas chillará,
enciérralo, llama con firmeza desde tus carnes
a tus recuerdos, sueños, vida, lo tuyo que habrá.

Nota al pie: ¿Qué trocito del paisaje de la puesta del sol elegirías? - dijo la niña sentada en el banco de madera seca y agrietada.

Se encontraron dos chacales, dos chacales ¿son chacales?
Conversaron dos chacales, dos chacales ¿son chacales?
Por los prados dos chacales, pisan flores florecidas,
por los bosques dos chacales, pisan setas tan cansinas.
Se encontraron dos gacelas, dos gacelas ¿son gacelas?
Se hablaron dos gacelas, dos gacelas ¿son gacelas?
Por arenas dos gacelas, rompen tierras encantadas,
por los cielos dos gacelas, cuelgan lunas, a esclavos.
Se encuentran dos chacales, dos chacales, dos gacelas
se recuerdan dos chacales, dos chacales, dos gacelas.
Dos chacales rompen piedras,
dos gacelas pisan flor,
dos esclavos en la fiera,

se tropiezan como son.

Nota al pié:

Amistad

En la madrugada saboreé los jugos de la flor desconocida,
me anestesió y olvidé, quien soy, dónde iba y de dónde fui.
Perdí mi alma y caí amarga, sin aliento y sin rimas,
bajo la hojarasca de flor violeta se moría mi saber
de quién soy, de dónde fui, a dónde iba.
No supe componer estrofa nueva, ni viejas recordaba,
no pude pronunciar siquiera mi lamento del olvido que me asesinó.
Tendidos en raíces amenazadoras se perdieron mi sol y luna,
en tarde negra sin cualidades me quedé, la flor perdida conocí.

Casa

¡Madre!

Huésped soy, un visitante inoportuno,
de entre cada día mis pedazos intento reunir.
Huésped madre, huésped sin fortuna,
de entre todos mis latidos te intento percibir.
Por las mañanas me despierto en fachada que ignoro,
no logro recordar mi voz,
por casa propia camino dolorido, incoloro,
intento recordar si era casa mía, cruz.
Soy huésped madre, por calle de ajenos,
no sé diferenciar si suya era, su ladrar.
Soy huésped, por barrios, por los andenes,
intento penetrar en todos ellos, encontrar.
Me veo huésped hasta en casas de los otros,
me siento devorando a mi propio latir,
me hundo en extraño respirar, de lo más hondo,
de entre extraños,
que extrañamente me conceden a la vida,
¿o mi fin?
Soy huésped madre,
recordaba mis regresos,
en caras desconocidas me veía,
no eran mías, tampoco sus,
por caras que ignoro sonreía,
reflejaba caras tercas, luz.
En casa mía entro por las noches
en casa mía me intento reencontrar,
al conversar con los cercanos, los de mis carnes,
a huésped sólo veo, ignoro su fachada, voz.
En madrugadas a unos huéspedes conozco,
al medio día a otros reencuentro ¿huéspedes serán?

En tardes otros tantos reencarno,
 en cara huésped que adoptarán.
 Soy huésped madre,
 más en mi casa ¿era?
 Soy huésped madre,
 más en sus calles ¿son?
 Soy huésped,
 más en las tardes, las canteras.
 Soy huésped,
 más en mañanas un desconocido soy.

Nota al pie: Hay imágenes que inquietan. El otoño del Parque del Oeste no acaba las frases sueltas, al menos en mis ojos. El cielo nublado y los árboles grisalla no cesan de saludar inclinándose a ambos lados, hacia todos los lados, no hacen ni caso al viento. Es cuando cae un pájaro, caen hojitas pequeñas, descenden hojas grandes mordidas por los bordes. No sé por qué están mordidas, me pregunto por quién. Yo estoy en la sombra, el sol está fuera, fuera de mi sombra - por primera vez amo al sol y al verde amarillento. Caen mariposas. El sol se acerca, sus reflejos queman. Me retiro. Vuelan murciélagos, escaquean las olas que forman las copas de los árboles. No comprendo aquel parque, todo vuela, todo cae, los parques no son así. Es un parque falso, un parque que no me gusta cómo es, pero vuelvo a pasear por sus suelos rojizos y cielos verdosos... en otoño. Regreso por los parques que disgustan.

Lugar

Escaparse en alguna barca, en algún lugar que nadie busque,
 escaparte en tu barca, a un lugar que nadie guste.
 Adentrarse por lugares, que todos puedan encontrar,
 pero que no la barca tuya, se vengan ellos a hallar.
 Hallarse en alguna barca, en algún lugar, en tu lugar,
 ahogarte en alguna barca, en algún lugar, en tu lugar.
 Ojalá en aguas que adentres, en un lugar, en tu lugar,
 tú rajes a corales desperfectos, en un lugar, en tu lugar.
 Al escaparte en alguna barca, por un lugar que nadie busque,
 podrás oler las grises larvas, que son de los corales cumbre.
 Al escaparte en tu barca, a un lugar que nadie guste,
 verás confuso negras garras, que en las profundidades surgen.

Nota al pie: Descienden los latidos, derriten las montañas.
 Se agotan las lágrimas, gotean por arroyos,
 lloran las montañas por la voz de la doncella,
 lloran los aplastados pies de árboles dolidos,
 gimen florecidas ramas por la doncella de la pérdida.
 Descienden los latidos por los mohos congelados,
 las nubes abrigan a la doncella azul,
 en lágrimas devienen las pupilas de la flor,
 se derriten por el bulto pálido de la montaña.

Sobre los reversos

El reverso de las hojas caídas es mucho más matizado que en el brillante anverso, expuesto a tormentas y vientos, teniendo que resistir toda sociedad de consumo. No por ello la hoja pierde su otra cara, cuidadosamente ensuciada por el goteo de lluvia, que ha resistido el recorrido entre kilómetros de contaminación. Aun así es gracias a éstas gotas por lo que nos encontramos el reverso marronacillo y polvoroso de la hojarasca, caída. No siempre se puede apreciar la parte interior, u oculta, en las hojas de cualquier planta. A luz de la ventana contemplamos tan sólo el brillo de sus colores verdosos que agradan el ambiente en la habitación. La planta está enmarcada por los tabiques de la ventana, que quería yo comprar ya hace varios meses, pero hoy se me olvida limpiarla de entre las esquinitas incómodamente diseñadas por nuestros vendedores. Reverso de hojas no tocado por nadie todavía...

Nota al pie: Fue hermoso ver un perro masticando pan, en la madrugada. Perro grande, pastor alemán (aunque me son antipáticos). Llevaba varios años sin ver a un perro comer a bocazos, comer pan, con algo de caldo para que no se secase durante la semana. Todavía no era invierno, de hermosas ollas tiradas por el jardín, ollas con caldo congelado, para perros.

Vacío

Antes de oscurecer
 embellecer
 envejecer
 compadecer
 amanecer
 constelaciones,
 camuflan
 compiten
 combaten
 tartamudean
 constelaciones,
 escaquean ruidosas
 camuflan ignoradas
 flores florecen
 combatientes
 constelaciones,
 perdidas
 rajadas
 rojas, camufladas.
 Antes de atardecer,
 los caminos envejecen,
 las estrellas obscurecen,
 pierden huellas,
 desvanecen,
 antes de...

Nota al pie: No sabía que a los niños pequeños les gustan los coches, las máquinas, los grandes supermercados, las grúas. El hijo de un primo mío veía solamente eso desde el coche en el que viajábamos, por la ciudad... Quizá una persona de tres años deba ver esas cosas, y hablar de chuletas, de monedas, como el hijo de mi primo.

Los admiro...

Las señoras pesadas que encabezan sin más la larga cola que se había formado para el autobús, con todo su encanto de anciana lenta, se salen con la suya, las admiro.

Fuera de caja

Quieren robarme, hermano
 quieren llevarse a la caja rota que me encontré.
 Quieren hacerme creer que es inútil .
 que nada de entre paredes rotas pueda yo tener.
 Quieren robarme, hermano
 negarme al único encuentro que una vez pude tener.
 Quieren apagar la vela que había encendido,
 en una caja, rota, que hallé hermano
 en una caja vieja y podrida.
 Me quieren convencer que en las cajas viejas nada pueda yo guardar,
 me quieren convencer que estas cajas ya no sirven, que no las necesito.
 Me quieren arrancar la cera que con rabia de entre mis uñas tuve que sudar,
 me quieren apagar la vela, a la que construí,
 con restos de mi sangre, mis entrañas, entre mis vinos.
 Quieren robarme, hermano
 me quieren convencer que esta caja nunca era mía.
 Quieren robarme, hermano
 me quieren hoy vender,
 a cajas nuevas que por calles sucias había yo negado y vencido.
 No voy a dejarme hermano,
 no lo voy a permitir,
 no he de engañarme con los brillos,
 con cajas que en otros días adoraba.
 No voy a dejarme hermano, no pienso yo prestar
 a jugos que emborrachan cada día mío y esquina rara.
 He de arrastrar la caja hasta que en sus grietas llegue a oler,
 alientos míos, dagas del pasado.
 Voy a empaparme, me ahogaré,
 en los vapores que desde mi caja todavía hielan,
 todavía gritan, que a mi honor aclaman.

Nota al pie: No comprendo las señoras mayores en los restaurantes de comida rápida, qué hacen allí, ¿comen? Yo, ¿qué hago allí? - yo compro helado, adoro el helado de máquina, pero ellas... Las señoras mayores no comen helado. Estaban ellas sentadas (las tres) al lado de mesa cargada con restos de comida, seguramente allí hubo otras, u otros señores mayores, ¿qué hacían allí? No, no eran cucuruchos lo que había en la mesa. No sé qué era, restos...

Marina

¡Capitán!

Soñé yo esta noche con la tormenta más temida que hubiese imaginado,
 soñé que el barco se inundaba entre criaturas de lo más horrible, que habían me
 [nombrado,
 soñé que los camarotes se convertían en peceras para esqueletos, que en los alrededores
 [míos bailaban con sonrisas asesinas,
 soñé que las velas y el mástil se derrumbaban en estruendos, haciendo temblar
 [hasta las vértebras de los candados del ancla ya echado,
 soñé que el cielo se abría y las nubes escupían veneno negro que me ahogaba,
 soñé que el horizonte desvanecía de entre las odas de sirenas, que esta vez a todos
 [nosotros en sus mordiscos camuflados devoraban,
 soñé que las olas del océano al viento no escuchaban sino tartamudeaban melodías de lo
 [más maligno, y danzaban desdoblándose incomprensibles, diabólicas,
 soñé que su espuma tragaba a mis gritos y los ojos que todavía me quedaban, en su
 blancura infernal devenían.

¡Capitán!

Soñé yo esta noche con la tormenta más temida que hubiese imaginado.
 Espero capitán estar despierta,
 a toda esperanza mía yo convoco en haberme despertado.

Nota al pie: Conocí una chica de filología, estudia, mucho, le gusta estudiar, le gusta leer, pero no tiene tiempo para escribir. No le llegaban las veinticuatro horas para estudiar, ¿para escribir? - sé es una facultad horrorosa la suya, no se puede escribir, se habla de libros...en la mía de bastidores. No entiendo por qué hablamos de aquello, es triste, no se puede escribir, no se puede pintar. Ella me preguntó de si conocía un escritor (no le conozco, no recuerdo el nombre que mencionó, no quise memorizarlo), él iba tener conferencia por la tarde (no la hubo). La extrañó que no le conozca, y ella no había leído nada suyo, dijo le conocía. Es extraño que ella no escriba, que yo no pinte.

Edad de hielo

Me dijeron que estábamos en la época glacial,
 me dijeron que la raza humana se había extinguido,
 me dijeron que todo era picos e hielo hasta horizontes olvidados.
 Me dijeron que había que construir fábricas,
 que no había alimento,
 que inventáramos la máquina,
 que innováramos a un mundo congelado y cristalino.
 Me dijeron que pusiera las fronteras de nueva ciudad
 que construyera nuevo universo.
 Me dijeron que clavara las banderas del nuevo mundo
 el alegre, de los soles, nuevo, nunca visto,
 que derrita a los hielos sugirieron.
 Me dijeron que la raza humana se había extinguido...
 Procuraré sobrevivir, he de intentarlo,
 trataré de ver a otros que en las cámaras aun respiran.

Confiaré que otros en las épocas glaciales,
 todavía sobreviven,
 todavía se adaptan,
 se hunden en las huellas de la nieve,
 de otros congelados...
 Estoy cerniendo noche y día,
 en amaneceres y oscuridades cierno,
 intento no cansarme.
 Cada vez más desechos caen,
 más escombros, y aun más,
 y aun más...
 Acumulan la montaña del pasado,
 la de la época glacial narrada.
 Sigo clavando pupilas de la esperanza...
 Me estoy quedando ciego,
 a veces veo los agujeros cada vez más grandes,
 a veces veo a los agujeros diminutos,
 pero aun así nada yo recojo.
 Estoy gastando mi fortuna,
 en alimentar la fuerza última,
 cada vez en mayor pobreza me ahogo
 y en la criba nada queda...
 Una vez creí ver, con mis ojos tan enfermos,
 a miga insignificante que reposaba el instante,
 de la superficie, tras mi criba.
 Su brillo indagó mis pupilas tan cansadas,
 brillo sol, derretía a los glaciales.
 Glaciales,
 siento mis talones,
 congelados.

Pero me dijeron que estamos en la época glacial,
 y me dijeron que la raza humana se había extinguido.
 No cada blanca noche logro sentir a otros respirando,
 no cada negro sol me puedo convencer que la esperanza vive.
 Cierno, cierno sin cesar,
 tras el color de una miga, cualquiera.
 tras su sombra en mi mente,
 que me alimente,
 ciega...

Nota al pie: Te diría que mi alma se muere Entae,
 pero en el alma ya no creo, no la he presenciado,
 y de decir que mis ojos se echan cenizas
 tampoco rescataría la aparición milagrosa de alguna imagen.
 Sin imágenes, sin ver, sin mirar - pensando,
 descienden en mí escalofríos de mil cascadas.
 Me hundo, en catarata se devienen mis sentidos,
 pero no lloro, no podré ya, no debo.
 A ciegas me arrastro,
 por la casa donde uno vive,

con sus habitaciones de utilidad sospechosa:
 una para comida,
 otra para dormir,
 otra para lavarse, u otras necesidades,
 otra para descansar,
 otra supone ser atravesada,
 ¿la del trabajo?
 ¿acaso no la aplastan las restantes?
 Al fin ninguna Entae tiene utilidad supuesta,
 más la casa no sirve de otras que bunker,
 frente el exterior ruidoso.
 ¡Escoge Entae si salvas tus oídos,
 o rescatas a tu vista!
 Aunque un ciego tampoco habita un bunker,
 sino es el espacio para él,
 cuanto para mí el salón de conciertos.
 ¿Huir? - ¿de qué?
 ¿De las casas?
 ¿Y si no murmuraran?
 No, no los objetos,
 tú ya bien los conoces.
 No, no que callaran.
 Si dijeran, pronunciaran a sus reflejos,
 pero no siempre se cumplen.
 Las imágenes se acaban,
 se agota la vista.
 Te diría que se muere la mirada,
 pero te mentiría, seguro.
 El nacimiento de metáfora nueva,
 es engaño en su capullo.
 Todavía abro ojos al despertar,
 tras las horas dormidas,
 no, a veces dejo la luz encendida.
 Quizá cada vez más a menudo,
 me olvido de apagarla.

Huérfano

De un cuento que el piano inventó mientras sonaba... Trata de niño huérfano abandonado a las puertas de antigua choza, en pequeño bosque al lado de poblado mediano, mancha de árboles que nadie se interesaba en adentrar. La casa que parecía derrumbarse, no la habitaba nadie desde hacía siglos. En las afueras crecían ramitas curiosas, no pertenecían a ningún árbol y salían sin más de entre multitud de flores. Confundiríamos fácilmente las flores con hierbas de color rojo violacio, matizando ramitas marrón azuladas, como si aun a la luz del día reflejaban la luna que visitaba la choza (siempre que lograba escabullir al sol amenazador, que disparaba sus rayos - quemaba todo arroyo azulado o mirada de luna que eran posesión de todo niño abandonado).

Al igual que las extrañas ramitas, el niño aprendió a sobrevivir sin necesidad de alimento, como por magia ambas criaturas crecían rodeadas de las hierbas que semejabán flores. Se ocultaban los abandonados de las plagas - quemaduras que el sol esparcía inagotablemente por los campos. El niño se encerraba los soles enteros dentro

de la choza. Escondido, contemplaba por la pequeña ventana las ramitas que se susurraban una a otra, formando los rumores de conversación vegetal y secreta. La piel del niño devenía del azul pálido de las ramitas, al igual reflejaba el marrón oscuro de las paredes demasiado antiguas de su casa (de la choza bonita). Un día el niño descubrió en rinconcito apartado, al lado de la ventanita, a piano enorme y majestuoso. Aguardaba paciente bajo las sombras que la luna hacía caer encima sus maderas. El niño desconocía qué era aquello, alto y macizo, no se atrevía a acercarse. El teclado estaba hecho de huesos de elefante, cada vez que el niño se asomaba a mirarlo, el sol había dejado caer todo su resplandor sobre el mueble, brillando las cenizas de animal el susto de la muerte.

En otra de sus mañanas corrientes, el niño volvía a mirar a través de su ventanita para sorprender las ramitas. Susurraban, a él, por fin creyó oírlas, y escuchó - “Gírate niño huérfano, no mires a las afueras de este bosque infinito, gírate niño huérfano y ve a ver dónde dejaste tus zapatos, no andes descalzo niño huérfano, te resfriarás. ¡Gírate, busca tus zapatos!” Por primera vez el niño se dio cuenta de que una vez tuvo zapatos. Se asombró, aun por haber caminado largos años por la pequeña choza, sus talones seguían intactos y lisos (como piedras del río). Buscó el niño sus zapatos, no recordaba dónde los había dejado. Buscaba sin cesar por todo su hogar, por todo rinconcito vacío, de entre todas las grietas... No encontraba nada. Por casualidad giró la vista hacia el viejo mueble. La luna matizaba los dientes de elefante y éstos parecían verdosa cascada derriéndose por gigantescas rocas - caja del piano. Caían las aguas, millones de gotitas engañaban con desvanecer en el suelo. “El suelo.” - exclamó el niño asombrado, viendo a sus zapatos debajo del piano. Se acercó y los calzó. Trató de volver con sus zapatos aparentemente nuevos a la ventanita, volver a contemplar las ramitas, no podía, no se movían los zapatos. Volvió a escuchar el susurro - “No vuelvas niño huérfano, no mires a los bosques infinitos. Usarás a tu calzado, tan sólo al girar, cuando no caminas. están clavados niño huérfano tus zapatos a los pedales del piano. No te llesves al calzado del piano, no robes niño huérfano lo que era tuyo. No lo desgastes por oscuros bosques, desconocidos.” reintento ponerse al calzado, cayó el niño. Se preguntó cómo había que conseguirlo, cómo evitar a la caída. Tras largas reflexiones inventó una silla. Cortó algunos troncos de los árboles más cercanos y se construyó el taburete. Poco estable parecía su invento, pues fue el primero que se fabricaba. Se sentó por fin, calzando sus zapatos. Trató de dar su primer paso, y sonó, estalló estruendo de lo más aterrador por los interiores del piano. El profundo trueno hacía temblar los huesos de elefantes. El niño reunió valor y tocó por fin al esqueleto que de entre las aguas hace rato le invitaba. Al reposar sus dedos encima el teclado del piano, éstos adoptaron al instante el verdoso moho que amanecía bajo la cascada. Un niño huérfano de piel marrón azulada, devenía en aguas verdosas. Comenzó a resonar en sus primeros sonidos, removiendo las aguas del interior del instrumento. Cuanto más tocaba, más tibios se volvían los colores de su piel. Un niño huérfano de colores cada vez más confusos aprendía a hablar. Pronunciaba a la voz primera oyendo los susurros de ramitas y acariciando huesos de elefantes olvidados. Compuso una canción, no era de las largas. A toda ramita que recordaba de su jardín, saludaba con sus tonos, aún así no fue la melodía larga. Tocaba su canción cada vez que calzaba sus zapatos. Retornaba de los bosques donde fieras asesinas había visto, y tocaba, a u canción, borraba a los ojos de brillante muerte que por los bosques encontraba. Repetía su canción inagotablemente. Con cada día conocía más los bosques tan oscuros, de troncos gordos, de pesadas ramas, de hojas tan enormes que encarcelaban a la luna en el cielo. A su regreso repetía su melodía, con cada día sonaba en matices diferentes, a bosques diferentes recordaba, a soles más rojos y ardientes, pero aún así a su canción cortita repetía. Llegaron días en los que el niño con dificultad

ajustaba su calzado. Miró a sus talones, estaban tan agrietados que no podían reposar en el interior del zapato sin sufrir dolores. Trató durante un tiempo el niño a seguir estar calzado, tocando en su piano. Aconteció el día, la forma de su pié no coincidía con la del zapato, que parecía seguir nuevo, sin usar. Tocó una vez más su canción, y cayó. Escuchó a un susurro desconocido - “Gírate niño huérfano, no recuerdes a las afueras de éste bosque. Gírate niño huérfano y oye tu canción. No andes descalzo niño huérfano, te vas a resfriar. Gírate, oye tu canción.” Giró el niño, intentó tocar, no podía. No distinguía a sus dedos de entre el teclado, cortó la melodía en la nota penúltima y comenzó a estornudar. Con cada estornudo sus oídos resonaban la melodía del recuerdo de bosques olvidados. Cayó enfermo el niño, nada más os sabré decir de él, nadie nada supo.

Se habló mientras en el pueblo acerca de un bosque cercano y muy pequeño, que al parecer nadie conocía. Se habló de un lago no muy grande en el interior. Laguito agradable en cuyas heladas aguas las doncellas ansiaban lavar sus pies. Contaban que al salir la luna, sus aguas eran de colores mágicos, se fusionaban marrones, verdes y azules, dejando entrever cuevas subacuáticas. Dijeron se oían canciones trágicas, melancólicas, de felicidad, cada uno melodías diferentes recordaba. Se supo de algunos que escucharon susurrar la voz del árbol blanco de entre las hierbas que velaban al lago. Otros les llamaron locos, y los echaron, a lejanos pueblos. Hubo más locos... cada vez más poblados oyeron las canciones de un lago pequeñito, decían era inventado... pero lo adoraban.

Ciudades, aldeas y dragones

Mandaron a Carl-el chico,
tras las montañas, más allá del mar,
tras los dominios de los castillos negros,
para vencer al dragón de los infiernos.
En busca del feliz destino,
ensilló Carl a su corcel rojizo,
con su navaja y algún penique,
partió allá, donde el sol no reza.
[Decían eran tierras diabólicas, oscuras,
que el pobre Carl avecinaba,
decían que monstruos y tortugas feas,
aguardan por sus tierras, árboles del nada.]
Pero a nuestro Carl ni una bruja vino,
a saludarle en su travesía vil (al parecer),
usaba su navaja tan sólo en el corte,
de los peinados de arbustos que hallaba él.
[Decían (para su asombro) que tardó el joven,
no más que unos días en llegar donde debió,
como un águila feroz había atravesado (dicen),
los males e infiernos, en un soplón.]
Pero para Carl-el chico, le eran años largos,
quizá desgracia alguna tuvo, pero no fue de recordar,
gozaba de sus travesías, viaje inacabable,

vio de cuanto no supo imaginar.
 Retornó Carl-el chico, de su ida extranjera,
 confuso, ni en infiernos ni en castillos había ido a parar,
 entrando en su pueblo, de infancia lejana,
 halló aun en puertas de su ciudad,
 a un dragón horrible y gigantesco,
 y le miraba la criatura como si Carl no fuera de allí,
 como si Carl-el chico fuera animal.
 Desde entonces Carl anduvo solo por sus viejas tierras,
 en luchas con dragones feos y espantos él se sumergió,
 ni al salir de nuevo en la busca del infierno, de dragones otros,
 hallaba las montañas antes recorridas, ni al mar.
 [Decían que Carl-el chico no había regresado,
 decían no venció al monstruo infernal de mil cabezas,
 narraban cuentos del chico joven que felicidad perdió,
 de Carl el muerto, del Carl perdido por estupideces.]
 Yo vi en ocasión por las praderas,
 galopando a corcel rojizo, de dorada crin,
 y su jinete la navaja de nuestro Carl llevaba,
 pero no era Carl aquel, no le reconocí.
 [Os ruego no reveléis a los que dicen (los que narran),
 de mi encuentro casual,
 se preocuparán yo sé los que a Carl le enviaron,
 por mil cabezas de dragón que al jinete vi llevar.]

Nota al pie: Las mesitas al lado de las camas en los dormitorios, seguramente fueron inventadas por quienes escribían.

Introducción

El día es 79,
 la abuela persiguiendo moscas por la pequeña habitación,
 y yo hoy sentada,
 con mi abuela.
 Ella, aplastando sus horribles cuerpecitos negros,
 marca toda una carta marítima por la pared (esta semeja nieve).
 Yo sigo la ruta del barco, de mi mirada.
 “¡Muere!” - exclama la abuela,
 y yo tirando ancla, agujereo al mar blanco.
 Se esparce espuma de yeso.
 La abuela prosigue: “Las pobrecillas, y ellas salvando sus almacitas,
 y ellas luchando por vivir.”
 Y la abuela aplasta otro bichito,
 ayudándome a no perder rumbo.
 Te aseguro Luchio, confundirías de si el mapa estaba en la pared,
 o por los cuerpos de nosotras dos,
 de lo buenas dibujantes que son las malditas chupasangre.
 -
 Es el cumpleaños de mi abuela,
 yo tan serena como si fuera el mío,

ella, esperando los invitados,
 los llamados familiares, más vecino o dos,
 y yo sueño con el fregadero lleno de platos,
 una vez lavados y nos dormiríamos.
 Te diré Luchio lo que recuerdo de aquella temporada, que fue,
 pero mi memoria es detestablemente mala, más fueron días largos,
 tampoco creas que me inventé mucho, tengo mente pésimamente vaga,
 y tú ya sabes que de fantasía mis ojos carecen
 (y más les vale, porque en lugar de moscas,
 dios sabe a qué habría acabado aplastando la abuela el día 79).

-
 Me lo pensé mejor Luchio, no te ofendas pero no contaré nada,
 cada vez que recuerdo a posta, se me va un día entero de aquellos.
 Me disculparás Luchio, pero no deseo perderlos.
 Sólo diré cuanto ella mencionó una vez:
 “Parece cuanto más ancianos nos volvemos,
 más nos sentimos como molestia para los demás,
 y queremos estar solos, no agobiar innecesariamente.”
 Pensé Luchio en el día 79, del cumpleaños.
 ¿Tú te habías planteado por qué te preocupas,
 siempre que te veo distraído,
 de que no te dejan estar a solas?

Nota al pie: Me pregunto por qué me quejo del metro, en ocasiones, ¿por costumbre? No conozco a nadie que se haya dedicado a contemplar los colores del cielo un día entero (espero alguno de ustedes sí). Yo recuerdo un cielo fragmentado. Lo miro en ocasiones, en paradas diferentes. Mi ciudad del cielo es toda fragmentada, de horas diferentes. Salgo de mi metro casualmente en puntos diferentes de su paisaje. Soy víctima del metro, víctima de intentar dibujarme un mapa, en mi memoria. ¿Tienen ustedes mapa de los túneles del cielo? No comprendo las estrellas, no son estaciones, ¿qué son? ¿De quién son los mapas de las constelaciones?

Consejo sabio

Voz 1ª - ¡Búsquese usted un novio para que le ocurran cosas al fin y al cabo! Que os cuente él cosas - ya que usted no cuenta nada.
 Voz 2ª - ¿Y luego, qué será luego? Usted al parecer no es muy realista.
 Voz 1ª - Luego querida, deje al novio, porque tendrá tantos asuntos a los que lanzarse, que se volverá haciendo estupideces. Contará los asuntos de su novio, no los suyos propios. Se volverá usted insignificante. Dedicará su vida a él, porque en realidad usted no hace nada.
 Voz 2ª - ¿Y luego, qué será luego? Veo que usted lo sabe todo.
 Voz 1ª - ¡Búsquese usted un novio!
 Voz 2ª - Se repite usted.
 Voz 1ª - Es que yo lo sé todo. Además pregunta usted demasiado.
 Voz 2ª - Yo creía que no hago nada.
 Voz 1ª - Y así es, así es.
 Voz 2ª - (Deja de hacer preguntas, deja de decir lo que sea, se queda ausenta.)

Nota al pie: Puedo estar dentro de la casa, mirando tras las rejas de la ventana hacia fuera. Pasa la vecina, la vecina se asoma, yo no le respondo. Pasa un perro. Ella siempre me pregunta “¿Qué dices niña?”, yo no tengo nada que decir. Ella sí.

Puedo estar fuera de la casa, mirando el interior cálido de otra casa, ajena, la miro a través de su ventana que da a la calle. El edificio de noche es azul y el interior de la habitación ajena amarillenta. Engaña que hay velas. El oscurecer me engaña con ser frío. Veo lo cálido de los hogares, pero estoy fuera, no al lado de chimenea, naranjada.

Ahora estoy dentro - a oscuras, mirando hacia fuera - a oscuras, a la otra ventana, de la casa de enfrente. ¿Cómo veo? Las mujeres miran desde la casa hacia fuera. Los hombres desde fuera hacia la casa. ¿Me asomo por la puerta? No comprendo los umbrales, nadie los pisa, los saltamos, nos tropiezan, a veces son parte de la casa, de la puerta, a veces los tenemos que inventar de entre las fugas de las baldosas, a veces son el pié del escalón primero...

La ventana de mi casa está cerrada, la ventana de la casa de enfrente está cerrada. No comprendo a las puertas de cristal, transparentes, transparentan. Eso sí, suelen dar a las terrazas de la casa. Mi casa carece de tal. En el primer piso hay sólo rejas, pero la puerta que da a la calle tiene ventana, alargada verticalmente, desde donde yo miraría.

Pensando

Voz 1ª - El disco se acaba de estropear,
salta, corre, galopa, vuelan, atraviesan, ¿canciones?
Raya fronteras, raya lugares, raya caras.
Una sensación, otro sentir, la misma sensación.

Voz 1ª - ¿Recuerdas?

Voz 1ª - Seré yo recordando.

Voz 1ª - ¿Fuiste tú?

Voz 1ª - Me acaba de fallar un recuerdo, y otro, y otro.
Se me raja el pensamiento.
No sé decir, no sé opinar, no sé hacer lo que hacía.
No recuerdo.

Voz 1ª - ¡No puede ser!

Voz 1ª - Sé del ahora.
De una radio rota.

Voz 1ª - ¡Estarás soñando con lo que ha de ser!

Voz 1ª - Seguramente no. Lo veo igual, siempre igual.
El mismo disco.
Pero con más rayas.

Voz 1ª - No, no me lo creo.

Voz 1ª - ¡Sí, serán más rayas!

Voz 1ª - ¿Iguales?

Voz 1ª - ¿Qué mas da?

Voz 1ª - No lo se.

Voz 1ª - ¡Que ruede!

Voz 1ª - Que raye, igual que ahora.

Voz 1ª - ¡Si no dices nada ahora!

Voz 1ª - Puede ser, pero se me raja el pensamiento.
Monótono. Es demasiado igual, se duerme.

Voz 1ª - ¿Será el mismo disco?

Voz 1ª - ¡Espera, estoy recordando!

Voz 1ª - ¿A qué, a qué?

Voz 1ª - Nada. No importa.

Vacío. Todo es vacío hoy.

Yo, igual.

Voz 1ª - Es que el disco se acaba de estropear.

Nota al pie: No entiendo a los despertadores. No se les puede arreglar a que toquen a la hora justa, para despertar. Se los ha de rectificar aún estando dormidos, aun no despiertos. Aun con los ojos cerrados he de releer sus cifras. Muevo la aguja hacia delante, y me vuelvo a confundir, timbra justo en el minuto equivocado. Vuelvo a rectificar. Me he equivocado del hacia delante en los relojes. ¿Hacia dónde es? ¿A la izquierda? ¿A la derecha? No sé si los despertadores son relojes. Suenan fuera de la hora exacta, ni mucho menos a las doce, ni tampoco tienen un cuco, el de las nulas horas. ¿Habéis mirado los ojos de cuco recién despierto, a las cero horas?

Asuntos de género

Ser mujer no es ser bella por fuera, para que se la mire y moleste a cada momento (tanto por otros como por la propia auto contemplación), sino ser fina en el interior - de allí todo hombre puede tener algo de mujer, pero los hombres no son bellos dicen. ¿Qué son? Y toda mujer puede tener algo de hombre, de no ser bella. Ser hombre de “manieras” finas por fuera, evitando discusiones en relación equilibrada frente el resto, no significa que en el interior no sea firme, guardando la rabia justa, que si el caso requiere sea deducida en sus puños, o palabras. Pero dicen las mujeres son quienes hablan más. ¿Lo son? Supongo las mujeres deben quedarse bellas, y los hombres feos, para que no haya deducciones equívocas tras lo contado. Bastaría con nacer y ser mujer, o nacer y ser hombre.

Nota al pie: ¿Por qué si vamos de viaje nos llevamos maletas, grandes maletas? ¿Nos vamos de viaje? ¿Para qué llevamos la casa con nosotros? ¿Nuestras cosas son nuestra casa, verdad? ¿Hay alguno que viaje? Yo odio pasear por la ciudad con cosas encima. No, a mi bolsa no la odio, me recuerda que llevo algo encima del hombro, me recuerda contrapesar. ¿Por qué se va con dos maletas de viaje? ¿Por el reglamento del aeropuerto? ¿Acaso importa ir desnudo o con ropa? Sin bolsillos... ¿Pasear sin bolsillos? ¿Viajar sin un hombro pesado?

[De un sueño...sentados, en la mesa.

(silencio)

Nos callamos.

(silencio)]

Me he estado interrogando acerca de los presos.

Supuse uno cualquiera, encerrado cerca de treinta o cuarenta años, o más.

¿Qué hará al salir?

¿En qué pensará?

¿El mundo, cómo sería, si no estuvo él?

¿Y de los presos que no comparten a sus vivencias, sus penas?

Ni tampoco a los asesinatos.

Ni se sorprenden a nada, pero cuentan chistes,

... de perros ahorcados sospecho.

Me interrogué acerca del pa

pel negro. ¿De hojas negras en el pasado? - imposible, no hay quien escriba en esas, pero hoy... Tampoco la duda acerca del papel la tengo clara.

¿Y los amigos? - la juventud supongamos (aunque dudo de cuándo es exactamente), tras la vida, tras vivir un poquito, esperando el resto de paradas por la vía (parecen infinitas, y dicen son cortas, no creo en que llegué a pensar aquello, espero...).

Los trenes cargan pasajeros y más pasajeros. Por casualidad se me caen las gafas, y las rompo (me empujaron, pero que quede entre nosotros). Me acabo encontrando en vagón lleno de lince (no había visto uno en mi vida). De mis amigos ni rastro (y los cuento con los dedos), menos de amigos nuevos. Todos guardan grisalla ceniza y no gris de niebla en sus ojos, no hay quien confíe en los ya personas. Cuando llegué éste momento (creo que aun no lo es, pero en momentos de estos casos ni confío en mí), lo más que podré hacer es convertirme en la curiosa, excéntrica y extraña en los ojos del niño sentado frente mío (con el que mantendré la primera conversación alegre). El niño conocerá a uno de sus primeros amigos (espero no amiga, mejor dejemos al crío impersonal, entre nosotros). Con los ojos ampliamente abiertos, atento a todo cuanto cuento (como si importara lo que digo), se sumergirá todo él en mi mundo, omitiendo a sus camaradas (supongamos los cree más tontos que yo, si me confesará tales deducciones, yo cesaría de hablar al instante). De tanto mirarme y creerse cuanto diría yo, me dará la sensación que confía plenamente en mí. Hasta me quiere con alguna milésima parte de su corazón aun no desecho en medusa gigantesca. Me aterrorizaré profundamente, sí, soy capaz de imaginarlo (aunque suelo rehuir de ese juego), había sentido algo semejante, que no viene al caso. El niño no tendrá derecho a reaparecer, tras la poca vida que me habrá pasado, a confiar en mí. Me hará recordar la última vez que tendría yo esperanzas o impaciencia (que confieso trato de aproximar tan sólo la impaciencia última). Desde luego no hay derecho a aquello. Supongo con razón se les priva a los pequeños de derechos. ¿De responsabilidades?

Me estoy interrogando si tienen derecho a dejar los niños en vagones con los lince. De si a los niños debe permitírseles mirar a las personas fijamente. ¡Que miren en sus zapatos! ¿Y de hablar con desconocidos? - desde luego no hay derecho a aquello. Faltará que el pequeñazo se dedicara a tumbarse por el suelo, limpiando toda la porquería que sueltan mis zapatos, y que juegue a los soldaditos. Dispare cañones derribando armadas enteras (recuerdo ahora la vecina de mi abuela se quedó sin hijo tras la invasión, perdón la liberación). No, aquello seguramente está mal. Ahora veo la razón de los maestros que nos educaban en clase, al prohibir que hagamos esas cosas (aunque por no haberlo hecho, no veo la diferencia). Que se dediquen a sus asuntos los niños. ¿Por qué han de entrometerse en lo vuestro, o en lo mío? ¿Pero cuales son sus asuntos?

Me estuve interrogando qué hará un niño que ni habla con desconocidos (evitando que le sacudan en crisis inesperadas), ni tira comida al suelo, como por casualidad (mezclando la sucia tierra de calzado de lince con su comida, en aguanieve pegajoso), ni que pegue su chicle de sabor a melón en el asiento de al lado - de la anciana (¿pero cómo sino tiraría ella el vestido que le había regalado su marido, difunto ya hace más de treinta y tantos años?). No se cuales son los asuntos de un niño - deben de ser interesantes. Tampoco me esfuerzo en recordarlos. No valla a averiguar qué eran, y los

crea aburridos (mejor los invento, a los míos). Supongo un niño sin derechos, como todo niño, vive estupendamente. Vive como los presos, privado de todo cuanto posee, por fin libre (o por comienzo). No tendrá nada a que quitarle. Hará lo que le place. No le importará. ¿Pero el preso, por fin libre? No, yo no me atreveré a preguntar al chico del vagón (frente mío), qué irá a hacer. No valla a creérselo, como para recordarlo de mayor. Preferiré ver sus soldaditos por el suelo, de entre zapatos manchados. Se me vino a la memoria un sueño mío a la memoria, estúpido, de que los juguetes devengan vivos... debe ser espantoso. Debió de ser espantoso.

Me he estado interrogando acerca de las mesas también, de cuando se sienta uno en la mesa, con alguien, más con alguno de su sangre, que dicen es de su familia (aclaro a sospechas de algún felino, no me refiero aquí a mis padres pues). Cuando estoy en una mesa, y no veo la persona más por encima de sus cinturas, estática, parece el mundo se vuelve en su sitio, yo estoy en el mío (pero los parecidos...). Nos separa una mesa, como debe ser. Tanto la sensación de estar sentada, como estar en el lado opuesto de la mesa (¿y lo opuesto en una redonda?), se traduce en que me creo que la las personas respetan lo bastante aquel mueble, como para no subirse encima suyo, acercándose excesivamente. Recuerdo de cómo algunos de Sudamérica estrechan la mano (sé que he visto muy pocos, demasiado). Es horrible. Ni mi madre me ha sujetado en tales poses incómodas. No sé qué pretenden, ni abrazan, ni estrechan la mano. Siquiera es como darse la mano con alguno de aldeas pequeñas (ya saben cuanto tardan en soltarla). Pero una mesa pondrás fin a dichos hábitos, quizá a todo hábito, aprendido.

Me interrogué acerca esa sensación (de las mesas), y curiosamente cuando se está con su superficie plana, se comienza a pensar como al escribir, llevando un monólogo, fuera del resto (de historias que cuenta la gente, al menos los que son capaces de recordarlas. Ojalá yo...). También asemeja la lectura, se oyen historias, pero más interesantes, de verdad. Son de odiar las películas en tales ocasiones. Si da la casualidad que sea un familiar, ocurre lo que no comprendo... fuera de lugar, más que nunca sentada. La mesa, y todo el ambiente es ajeno, menos el que oigo mi respiración. [Quizá a veces deba dejar de estar de pie con los amigos, quizá debamos hablar de mesas.]

Sigo interrogándome acerca de los asuntos anteriores, en conjunto, y desconozco qué pinto yo en medio. A una parte me la inventé. Otra me la había leído. Tercera me ocurrió. No concibo la diferencia. Las recuerdo iguales, más los añadidos de hace un momento. No hay más que recuerdos, llevo encerrada unos minutos...

¿Qué haré al dejar de escribirlo?

¿En qué estaré pensando?

¿El mundo, como si no estuviera, encima inventado?

¿Y cómo últimamente no me impacienta a comentar lo que opino?

Sí, lo acabo olvidando.

Me sorprenden cosas ridículas, tontas, pero escribiré cosillas,

... de mi presencia como espectador sospecho.

[Oficio del interrogatorio - ¿Oficio, de quienes?]

¿Quién es Carole?

Carole, hoy la Musa se fue al circo.
 Solo estoy,
 con mi cuarto pequeño,
 pero estoy.
 Vi Carole uno del circo, un payaso.
 ¿Sabías que sus narices son falsas?
 Probé su calzado, se lo robé confieso,
 no hay quien ande con aquella bestialidad,
 están locos por esas chozas de fanfarrones.
 ¿No sabrás qué hará la musa por allí?
 Supongo ella también chiflada,
 enrojece narices en aguas benditas,
 y se pinta ridículas risas.
 Me la imagino rotando bolitas
 (dicen las del destino)
 y sé lo torpe que es ella.
 ¿Tú sabías que nunca había trabajado?
 A cambio del payaso, se cree maestra.
 Ronda con globos cristalinos, de finísimo cuerpo,
 pero sólo yo se cómo acaba arrojando aquellos
 (como por torpeza)
 con lo que me costó a mí recoger tantos trocitos.
 Ya ves Carole cómo la gusta que vallen tras suyo,
 supongo se cree imperairiz,
 más no me extraña, con lo bella que la pintan.
 Pero yo sé de su corazón.
 Sé de los males que siembra.
 Carole, hoy la Musa no vuelve.
 Solo estoy.
 Sabes, hoy vez primera vi lo grande que era mi cuarto.
 Rondo el día entero de delante hacia atrás y reversa,
 (quizá la realidad me preocupa, sin payasos, sin musas)
 pero camino más que nunca Carole.
 ¿Tú sabías que la gente anda y no usa zapatos de clown?
 Carole yo no sé,
 ¿a dónde voy si salgo de entre cuatro paredes?
 Antes iba cogido de su cabello, de la Musa,
 nada veía al salir, a sus espaldas sospecho.
 ¡Dime Carole qué hay allí fuera!
 Es lo que más temo,
 que sea cuanto en mi cuarto hoy miro,
 cuatro paredes.
 ¿Serán las cuatro bolitas de ella?

Nota al pie: Se les preguntó a los niños - “¿Qué queréis ser de mayores?”

- Yo quiero ser avestruz, para poder meter la cabeza bajo tierra.
- Yo quiero ser personaje malo de relatos, para que no se me reproche cómo soy,
 sino que me admiren por ser ficticio.

- Yo quiero ser... (se queda callado, prefiere no pronunciar palabra).

Nota al pie: Mosquito de los pantanos marrón rojizos,
 cual alas de Pegaso mudo adoptaba,
 convence a los insectos de tu reino,
 dejar que suba yo por vuestras aguas,
 por tu aliento sin color, ni gamas,
 que viva entre vuestras Damas.
 Convince a tus guardias, las piedras alargadas,
 que como ellas yo tampoco obedezco,
 a órdenes celestes, mundos de tiranos,
 a enseñanzas de las nubes y sus pestes.
 Convince tus sirvientas, las arenas movedizas,
 que como ellas yo tampoco compadezco,
 ser arrastrada, olvidada, encerrada,
 en los relojes de arena, vidrieras de iglesia,
 difuntos restos de la majestad justicia.
 Pero dile a tu Rey, la piedra más rocosa,
 la que descansa en corrientes lisas y perdidas,
 que como él yo no desearía,
 ser el inmóvil símbolo de pantano terrestre...
 de agua tibia a la que conoce y ama de verdad,
 un Mosquito diminuto de feo parecer,
 al que aconsejarme yo le pido,
 y convertirme en insecto frío, pero que respira,
 que no olvida el permanecer.

Árbol

Estaba solo,
 paulatinamente comenzó a encogerse.
 Dormía.
 Se despertó en forma de caracol sin inquilino,
 con los ojos cerrados.
 No quiso moverse,
 no pudo,
 encogía, su sangre no era su sangre
 sus ojos no eran sus ojos
 sus brazos y pies, en uno
 sus cabellos rizados, en uno.
 Sus espaldas se abrían,
 quiso sacar sus alas de entre la columna vertebral,
 quiso tener alas sin plumas, de piedra,
 quiso la sombra de sus alas,

no pudo,
 no supo tenerlos.
 Los dedos de sus pies en la tierra,
 los huesos de su corazón en la niebla,
 sus uñas - sus brazos,
 sus cabellos largos - sus lágrimas,
 en uno,
 bajo tierra.
 Un cuerpo sin corteza,
 un tronco sin frío.
 Su viento murió,
 es él,
 sin aliento.
 Su madre murió,
 es él,
 sin abrazo.
 Estaba solo, con su anillo decimonoveno,
 sin hoja alguna,
 sin dueño.
 Dormía, amargo,
 sin sueño.

Nota al pie: ¿Por qué será que los niños de lo que más hacen es dibujar, delimitan los contornos, luego sólo rellenan. Aun dejándoles pinturas, brochas, vuelven a usar el pincel como el lápiz, no como el cubo de agua de la fregona. A no ser que hablemos de los niños educados por supuesto, en lugar de “componer canciones” por las hojas, se dedicarían a manchar todo cuanto a su alrededor alcanzan, sus aparentes dibujos. Se dedican a esparcir pegotes de colores, echan a los botes enteros encima los soportes. Desgraciadamente, no a todos aquellos, sus madres les regañaron, debidamente.

Del niño sano

Mamá, hoy el doctor me dio un diagnóstico.
 Ponía que tampoco me quede mirando al cielo,
 sino devengo de oruga en mariposa divina.
 Ponía que a mi colegio de hoy, lo crea del ayer,
 que esté por allí de paseo.
 Ponía - “Antes de que te duermas,
 repasa hora o dos tu oración, rezando tus recuerdos perdidos.”
 Que no escuche demasiado la gente (hasta a ti),
 sino a mí, yo no oiría,
 y si empiezo a mi pensamiento en voz alta a oír,
 me calle, o cante, pero no hable.
 Ponía en el diagnóstico que se nacía en un cuerpo,
 si buscara compañía me lo planteara,
 y que es un cuerpo con una mente,
 el estar solo es ser yo, no la nada.

Ponía que no mire algo que no he tocado,
 sino con las hadas iría,
 y que si bien miro, lo veré, no tendré que tocarlo,
 el algo un hada sería.
 ¿Mamá, por qué cuando no estoy enfermo,
 al doctor tú me mandas a algo?
 ¿Por qué mamá, si es que nada malo tengo,
 cumpliendo yo su receta, como si me curara, del algo?

Nota al pie: 1º - El último texto.

2º - ¿Se acuerda usted de aquel día?

1º - ¿Del gabinete?

2º - Se despertó poco antes de soñar con el gabinete.

1º - Poco después.

2º - Observando la habitación, desde su cama.

1º - Sí, era mi cama.

2º - Y no tenía usted preocupaciones.

1º - No, yo observaba, veía cosas, tranquilamente.

2º - Sin preguntas.

1º - No, yo veía cosas.

2º - Respondía cosillas.

1º - Observaba respondiendo a mis preguntas, insignificantes, mis respuestas...

2º - ¿Insignificantes?

1º - No, los trabajos, iba yo a la escuela, tenía un programa del horario pegado al lado de mi mesa, y hacía mis trabajos, estudiaba.

2º - Estudiar es problemático.

1º - No, no tenía problemas míos.

2º - ¿No llevaba usted un diario?

1º - ¡Si yo no tenía problemas míos!

2º - Pero trabajaba en sus estudios.

1º - No. Tenía un horario, yo hacía mis estudios.

2º - Pero el gabinete, de la habitación...

1º - Del sueño.

2º - Poco después.

1º - Sí, en aquel había libros.

2º - ¿No tenía dibujos, o plastilina blanca?

1º - Si los libros estaban por las estanterías.

2º - Perfectamente ordenados.

1º - Cuidadosamente.

2º - Sí, a los diarios se los cuida.

1º - No, se cuida uno de llevarlos, se tiene mucho cuidado.

2º - Se cuida de poner los libros en las estanterías.

1º - Sí, dar respuestas, dentro del gabinete.

2º - ¿Y las estanterías?

1º - ¿De dar preguntas?

2º - De hacer preguntas.

1º - No. Dar preguntas.

2º - ¿Suyas?

1º - No. Escogidas. De entre todas.

2º - ¿Todas?

1º - Del resto.

2º - Sí, los problemas.

1º - Del resto.

2º - ¿Y este diario?

- 1º - ¿Qué estantería?
2º - No, yo decía...aquí se decía "el último texto".
1º - ¿Es el suyo?
2º - ¿El qué?
1º - ¿Qué si es el suyo?
2º - El gabinete es de usted. ¿Se acuerda?
1º - Sí. ¿Lo recuerda usted? Pero eso... esto aquí no sé qué es.
2º - ¿El qué?
1º - Usted decía "El último texto".
2º - Yo no dije eso. Yo estaba mirando.
1º - Y yo preguntaba.
2º - ¿Por qué?
1º - ¡Mire! El gabinete.
2º - Está vacío.
1º - Sí, lo está.
2º - Debe haber algo.
1º - Debe de ser así.
2º - Están las estanterías.
1º - En la cama no se lee.
2º - Es mi cama.
1º - ¿Cuál es el texto penúltimo?
2º - ¿De quién?
1º - ¡Decía cuál!
2º - No, mío no es.
1º - ¿Ah no?
2º - ¿No lo ve acaso?
1º - Es el último texto.
2º - Texto final.
1º - No, último, de estantería.